

MIRADAS DE ULTRATUMBA

CLARK CARRADOS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

349 — ¡Vuelve a la tumba, Helen!, *Adam Surray*.
350 — La mansión de los mil y un horrores, *Joseph Berna*.
351 — Ritual de alucinados, *Ralph Barby*.
352 — Yo, «el Destripador», *Curtis Garland*.
353 — Los límites del Infierno, *Clark Carrados*.

CLARK CARRADOS

MIRADAS DE ULTRATUMBA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 354
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 33.729 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: diciembre, 1979

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

La sala estaba llena a rebosar. La gente acudía noche tras noche, agotando las localidades, para presenciar las actuaciones de los artistas que componían aquella compañía de variedades. Humoristas de gran éxito, un pequeño, pero disciplinado cuerpo de baile, que ofrecía unas actuaciones sensacionales: un magnífico prestidigitador, una vidente capaz de responder con todo acierto a las más disparatadas respuestas, tanto sobre el pasado como sobre el presente y el futuro; una troupe de equilibristas... pero, sobre todo, el número sensacional, el que cerraba el show, el que todos esperaban con singular ansiedad, era el de Nephertys, la exótica bailarina, cuyo principal número, la danza de la espada, era acogido indefectiblemente con atronadoras salvas de aplausos.

Pese a que todos los miembros de la compañía eran muy buenos en sus respectivas especialidades, Nephertys, sin embargo, era el centro de la expectación general. Las fotografías de los carteles de propaganda no hacían justicia a la belleza de sus facciones.

Dag Bolton asistía aquella noche a la función. Un amigo suyo, repentinamente indispuesto, le había cedido su butaca. Bolton estaba en la cuarta fila.

Como los demás, aplaudía entusiasmado al final de cada número. Y, como los restantes espectadores, aguardaba impaciente el momento de la actuación de la bailarina exótica.

Nephertys apareció al fin. Curiosamente, nadie la aplaudió. Su presencia en el escenario fue acogida con un respetuoso silencio.

Estaba cubierta con un largo manto de color rojo vino. Su gran peluca negra, peinada al estilo egipcio, estaba rodeada por el ureus, la simbolización gráfica del áspid sagrado. Dos fingidas esclavas, semidesnudas, la acompañaban, una de las cuales era portadora de tina enorme espada, situada sobre un almohadón de terciopelo rojo, con borlas doradas en las esquinas.

La otra esclava le ayudó a quitarse el manto. Entonces, Nephertys apareció ante todo el mundo en el indescriptible esplendor de su belleza.

Nephertys tenía los senos cubiertos por un peto de oro, trabajado según el estilo egipcio clásico. El torso quedaba completamente desnudo hasta las caderas, de las que pendía una larga falda de hilos con abalorios. Llevaba brazaletes y ajorcas con campanitas en los brazos y tobillos, y los pies quedaban completamente descalzos.

La esclava que portaba la espada se arrodilló ante ella. Nephertys la empuñó con ambas manos y la sostuvo en posición horizontal. La otra joven lanzó al aire un finísimo pañuelo de seda. Cuando caía, Nephertys levantó un poco la espada y el pañuelo quedó cortado en dos.

Se oyó un «Ooooh» general de admiración. Luego, la misma esclava, sostuvo un trozo de tabla, lisa, de más de cinco centímetros de grosor.

Nephertys se tiró a fondo. La espada atravesó sin dificultad alguna la madera. Entonces sonaron los primeros aplausos, porque todo el mundo comprendía que era una demostración destinada a que se viera que la espada era auténtica y no de guardarropía.

Luego sonó la música, con aire oriental. Nephertys inició su danza. Los cascabeles y las campanillas de su atuendo se acompasaban perfectamente con las notas de la orquesta, en las que predominaban los sonidos de la flauta, el pífano y los tambores.

De cuando en cuando, Nephertys lanzaba la espada al aire. El público contenía la respiración cuando la veía alargar las manos. El menor error, podía costarle una mano.

«O tal vez las dos», se dijo Bolton al ver que Nephertys recogía la espada por la empuñadura, sin el menor fallo.

En la primera fila de butacas había un espectador de rostro grueso, sanguíneo, con papada. El hombre vestía una rara chaqueta, cerrada casi hasta el cuello y seguía sin pestañear el menor de los movimientos de Nephertys.

La orquesta aceleró el ritmo de la música. Nephertys se movió también con mayor rapidez. De repente, vio al hombre gordo y pareció por un momento que perdía el compás, pero se rehízo inmediatamente. Muy pocos se dieron cuenta del incidente. Bolton si se percató, pero lo achacó a un fallo del que el mejor artista no se libra nunca.

La espada voló a gran altura y Nephertys se aprestó a recogerla por la empuñadura. Entonces, el hombre gordo pareció sentir mucho calor y se abrió la chaqueta.

En aquel instante. Nephertys tenía ya la espada en la mano. Todo su cuerpo se puso rígido, como si de pronto se hubiera convertido en una estatua. Sus ojos estaban morbosamente fijos en un determinado punto que nadie, sino ella, podía percibir.

No se oía el menor sonido en la sala. De pronto, Nephertys alargó las manos y puso la punta de la espada apoyada en su pecho, un poco más abajo de los senos. Luego tiró hacia sí.

La espada se hundió profundamente en su cuerpo. Bolton dio un salto.

«¿Así terminaba la danza de la espada?», se preguntó.

Pero, repentinamente, vio correr hilos rojos por el blanco vientre de la danzarina. Nephertys emitió un horrible alarido, que fue percibido en el más alejado rincón del teatro, merced ni absoluto silencio que reinaba en el ambiente.

Nephertys volvió a gritar. La sangre fluía ya a torrentes. No era un truco, advirtieron la mayoría de los espectadores.

De pronto, la bailarina se venció hacia adelante. El pomo de la espada golpeó las tablas del suelo y un palmo de acero enrojecido asomó por la espalda.

Sonaron los primeros chillidos de espanto. Un par de mujeres se desmayaron. Algunos espectadores, horripilados, huyeron, incapaces de

seguir soportando el espectáculo. Ninguno de ellos reparó en el hombre gordo, quien sin perder su impasibilidad, a pesar del horrible espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos, habla vuelto a abrocharse la chaqueta.

En el suelo, sobre el que ya se extendía una gran mancha de sangre, Nephertys se agitaba en las últimas convulsiones de la agonía.

La confusión era inenarrable. Alguien clamó por un médico a voz en cuello. Das hombres subieron al escenario y se arrodillaron junto a la artista. Pronto menearon la cabeza negativamente.

El hombre gordo se levantó y abandonó el local. Bolton se marchó también, hondamente impresionado por el inesperado final de la función.

* * *

Todos los periódicos de la mañana yacían esparcidos sobre la mesa de despacho. Las reseñas del sangriento suceso diferían solamente en pequeños detalles, pero coincidían en lo esencial: nadie acertaba a comprender cómo una mujer, en la flor de la edad, rebosante de belleza y con un espléndido porvenir como artista, había podido darse muerte, ante más de mil quinientas personas, y menos aún que hubiese empleado un procedimiento tan parecido al harakiri japonés.

—No se le conocían problemas sentimentales ni financieros —dijo Edgard Robertson, jefe de policía—. No hay rastros de posible chantaje ni tampoco tomaba drogas. Bebía muy moderadamente, sólo un poco de vino en las comidas, y no siempre, y su salud era perfectamente equilibrada. ¿Cómo se explica usted este misterio, teniente?

Dag Bolton estaba muy ocupado en encender un cigarrillo. Después de expulsar el humo, dijo:

—No me lo explico de ninguna manera, señor —contestó—. Aunque sí, tal vez...

—Tal vez, ¿qué?

Bolton sacudió la cabeza.

—Deben ser fantasías mías, señor —sonrió.

—Bueno, dígalo de una vez. La fantasía, a veces, es más real que la misma realidad, valga la redundancia.

—Algo hay de verdad en eso —concedió Bolton—. El caso es que hubo un momento durante su actuación en que me pareció que perdía el compás, deteniéndose un segundo o quizá menos. Yo la estaba observando con toda atención...

—Se comprende; era una mujer como pocas —sonrió el jefe.

—Mirar a la mujer hermosa no es malo —dijo Bolton—. Pero, como iba diciendo, ella se detuvo durante unos instantes. Ella miró a alguna parte del patio 'de butacas, probablemente a alguien situado en las primeras filas, y no lo digo por mí precisamente, aunque si bien estaba en la cuarta, mi butaca se hallaba muy cerca del lateral derecho. Nephertys...

—El nombre auténtico era Nancy Thames —puntualizó Robertson.

—Bien, por comodidad, seguiremos llamándola Nephertys. Miró a alguien, repito, y ella estaba situada en el centro del escenario. Luego se rehízo y creo que fue muy poca la gente que se dio cuenta del detalle, porque, a pesar de todo, continuó con los movimientos de la danza, si bien menos continuados en este cortísimo espacio de tiempo. Después, apenas habrían pasado veinte segundos, fue cuando se clavó la espada en el pecho.

—Tengo entendido que fue algo horrible, Dag.

—Indescriptible, señor. Hubo desmayos, alguno vomitó, otros huyeron despavoridos... Pero a lo que Íbamos; Nephertys vio a alguien en las primeras filas y fue ello lo que provocó su momentáneo desconcierto.

Robertson se inclinó en su asiento.

—¿Piensa que vio a alguien que pudiera tener una cuenta pendiente con ella y que, aterrorizada súbitamente, decidiera quitarse la vida en el mismo escenario?

—Es una posibilidad que se me había ocurrido, señor —contestó Bolton—. Claro que, aunque sea cierto, ¿cómo poder acusar a ese sujeto de asesinato?

—Difícil sería, en efecto —convino Robertson—. Y ello aunque pudiéramos probar de forma irrefutable una influencia ajena. De haber sido encontrada muerta, sola, en su apartamento, se podría discutir la hipótesis del suicidio. Pero no, ella se mató ante los ojos de mil quinientas personas. ¿Cómo hablar de asesinatos en tales circunstancias, sin exponerse al más espantoso de los ridículos?

—Eso es cierto, señor —admitió Bolton un tanto pesaroso—. De todos modos, el suceso será la comidilla de la ciudad durante mucho tiempo. Aunque a mí —añadió sonriendo—, no me preocupa ya mucho.

—Claro, empieza sus vacaciones —dijo Robertson—. Se las tiene bien merecidas, teniente. ¿Pesca, tal vez?

Bolton hizo un gesto alegre.

—Pesca, aire puro, descanso, olvido de las preocupaciones cotidianas, vida sana, en fin, durante tres semanas.

—Pues que le aproveche —deseó el jefe sinceramente—. Y aunque sea a título privado, y. por supuesto, con la máxima discreción, investigaré en esa dirección. Diviértase, Dag.

—Gracias, señor.

Minutos después, Bolton salía a la calle, decidido a olvidarse de todo durante las vacaciones que acababa de empezar. Había dejado su coche en el taller de un conocido suyo, a fin de que le hicieran una revisión a fondo que le permitiera viajar sin preocupaciones por una posible avería, y se dispuso a tomar un taxi.

Un antiguo conocido, el sargento Gerard, abría en aquel momento la portezuela de su coche patrulla.

—Si va a alguna parte, puedo llevarle, teniente —dijo, obsequioso.

—Hombre, eso me ahorrará la carrera de un taxi —sonrió el joven—.

¿Cómo va la familia, sargento?

—Bien, no puedo quejarme. El mayor irá el año próximo a la universidad. Los otros se desenvuelven bien; son buenos chicos.

Gerard mantuvo abierta la portezuela del coche. Pero Bolton tenía la vista fija en otra parte.

A pocos metros de distancia había una mujer que parecía buscar algo. Desde luego, se apreciaba a primera vista que era forastera.

—Dispense un segundo, sargento —rogó.

Avanzó unos pasos y se situó junto a la mujer.

—¿Puedo ayudarla en algo, señora? —se ofreció, cortés.

Ella se volvió. Aunque Bolton estaba preparado para contemplar un rostro de mujer, no se había imaginado nunca que aquella joven, de epidermis casi completamente negra, tuviese unos rasgos de absoluta regularidad, sin los detalles fisonómicos propios de la raza africana. Parecía como si se hubiera disfrazado, pintándose la piel, pero saltaba a la vista que aquel color epidérmico era completamente natural.

El pelo, sin embargo, estaba muy rizado, relativamente corto. Ella vestía un traje blanco, con dibujos exóticos en rojo y negro, de indudable tendencia africana. En el bolso llevaba un bolso a juego.

—Estoy buscando la calle Mawbridge —manifestó—. Vive allí un hombre... Tal vez lo haya oído nombrar; se llama Philip Lawlison...

—No, no lo he oído nombrar, señora —respondió Bolton—. En cuanto a la calle que busca, es la transversal que hay dos manzanas más adelante.

—Gracias —dijo la africana.

—Ha sido un placer, señora.

Bolton volvió al coche oficial.

—Vaya una hembra —comentó el sargento Gerard.

—Guapa de veras —admitió Bolton, mientras se ponía un cigarrillo en los labios. Me preguntó por un tal Phil Lawlison...

—Ah, el inglés chiflado, que vivió algunos años en África —exclamó Gerard—. Le pasó algo con su gobierno y juró no volver más a Inglaterra. Pero hace tiempo que ya no sé nada de él.

—¿Le conocía usted?

—De vista. Lo vi alguna vez por el barrio. Hablaba solo; para mí que estaba medio chiflado... Oiga, teniente, ¿ha leído los periódicos? —preguntó Gerard repentinamente.

—Usted se refiere a lo ocurrido anoche en el Alhambra, ¿no es así?

—Cierto. Todo el mundo habla de ese horrible suceso... Nephertys se había hecho muy famosa... ¿Cómo pudo suicidarse en lo mejor de la vida?

Bolton se arrellanó en el asiento y lanzó un suspiro. —No lo sé, sargento. Y no creo que nadie llegue a saberlo jamás, porque nadie es capaz de entrar en la mente de un suicida, sobre todo después de muerto —contestó.

CAPITULO II

El hombre entró en la estancia, resoplando y jadeando ruidosamente. Buscó un sillón y se sentó frente a la mesa de despacho, al otro lado del cual se hallaba un individuo de unos cuarenta años, alto, delgado y de pómulos salientes.

La habitación se hallaba en la penumbra, salvo la mesa, iluminada por una pantalla, que apenas si permitía ver las manos del hombre delgado. El gordo sacó un pañuelo y se enjugó el abundante sudor de su frente.

—Dio resultado —dijo al cabo.

—Lo sabía, señor Empson —contestó el otro—. ¿Ha traído la estatuilla?

Walter Empson asintió.

—Sí. Oiga, es que tengo un tipo metido entre ceja y ceja.

—El trato fue para una sola ocasión —cortó el hombre delgado.

—Puedo pagarle.

—No me interesa. Devuélvame la estatuilla.

—Está bien —suspiró Empson. Se abrió la chaqueta y sacó una estatua de color negro, que depositó sobre la mesa—. Aquí está, señor... Jones. ¿Es su verdadero nombre?

Jones sonrió.

—No, pero como comprenderá, no se lo voy a decir —respondió.

Empson contempló la estatuilla, que teníamos sesenta centímetros de altura y era de color negro, hecha, según parecía, con una piedra volcánica, alisada hasta el punto de haberle conferido el brillo del vidrio: La estatua representaba a una mujer desnuda, con los brazos cruzados sobre el pecho, en actitud contemplativa. La desproporción entre los miembros era evidente, pero saltaba a la vista que era el resultado de una labor indígena, cuyas coordenadas artísticas estaban muy lejos de las comunes en el mundo occidental.

El rasgo más saliente de la escultura era la cabeza, mucho mayor que el resto del cuerpo. Extrañamente, tenía los ojos vendados por un trozo de tela de color rojo.

—Anoche, supongo, no tendría la venda puesta —dijo Jones.

—Claro —sonrió Empson.

Jones desanudó el pañuelo y dejó los ojos de la estatua a la vista. Empson dio un salto en la silla.

—Oiga, eso es peligroso...

—No para mí —contestó Jones, mientras contemplaba los dos enormes rubíes que eran los ojos de la estatua—. De todos modos, procuro no mirarla mucho rato. Sólo quería comprobar que... sus ojos seguían en su sitio.

—Bah, no me interesan esos dos pedazos de cristal —dijo Empson, displicente—. Puedo comprarme todos los que quiera..., y en realidad, nunca he sido amante de las joyas.

Jones puso la venda nuevamente ante los ojos de la estatua.

—Hicimos un trato, ¿lo recuerda?

Empson metió la mano en el interior de su chaqueta y extrajo un sobre alargado que lanzó sobre la mesa.

—Ahí tiene el resto. Cuéntelo.

Jones examinó rápidamente los billetes que había en el sobre. Luego asintió.

—Está bien —dijo—. Pero, por favor, acláreme una cosa.

—¿Sí?

—¿Tanto le interesaba la muerte de esa artista?

—¡Hubiera pagado diez veces más, con tal de enviarla al infierno! —exclamó Empson con salvaje acento de odio.

Jones sonrió.

—No cabe duda, se salió con la suya.

Empson se marchó a los pocos momentos. Al quedarse solo, Jones llevó la estatua hasta una caja fuerte empotrada en la pared, Luego, regresó a la mesa, levantó el teléfono y marcó un número.

Esperó unos segundos. Alguien contestó al otro lado, dio su nombre y preguntó quién llamaba.

—Mi nombre es Jones, señor Grawson. Tengo entendido que le gustaría deshacerse de su esposa. En tal caso, yo podría colaborar gustosamente en su desaparición...

Sonó un «click». Grawson le había colgado sin más.

Jones no se enojó. Era cuestión de ser paciente. Grawson estaba harto de su mujer. Volvería a llamarle.

* * *

Las vacaciones habían terminado. Bolton regresó, notablemente fortalecido y con un color tostado en la cara, que daba envidia a todo el que le veía. Las mujeres, sobre todo, volvían la cabeza cuando se cruzaban con él en la calle.

A la mañana siguiente de su regreso, se dirigió a la Jefatura de Policía, para reanudar su trabajo. A pocos pasos de la puerta, vio a una muchacha que miraba fijamente a un punto determinado.

Era una joven de poco más de veinte años, rubia, muy esbelta, vestida con blusa y pantalones de hilo. Llevaba en la mano un pequeño maletín y daba la sensación Je tratar Je orientarse en la ciudad.

Bolton se acercó a ella inmediatamente.

—¿Puedo serle útil en algo, señorita?

La chica le miró un instante. A veinte pasos había dos policías ante la puerta de Jefatura. Aquel desconocido, pensó, no podía tener malas intenciones.

—Estoy buscando la calle Mawbridge —contestó.

Bolton levantó las cejas.

—¿También? —dijo, recordando de pronto el encuentro con la hermosa africana.

—¿Cómo que «también»? —Se asombró la chica—. ¿Es que todo el mundo busca aquí esa calle?

—Bueno, fue hace tres semanas... Probablemente se trata de una coincidencia, señorita. Perdón, soy el teniente Bolton, de la policía.

—Ah... Yo me llamo Sybil Hackeray, de Londres.

—Inglesa en nuestro país —sonrió él.

.—Sí. He venido a buscar a un pariente, del que hace mucho tiempo que no tenemos noticias... ¿Ha oído hablar, por casualidad, de sir Philip Lawlison?

Bolton enarcó las cejas.

—¿Es familiar suyo?

—Hermano de mi madre, y hace lo menos tres meses que no sabemos nada de él. Por eso me he desplazado hasta Estados Unidos, para ver si puedo averiguar lo que le sucede.

—La calle Mawbridge está a dos manzanas, más adelante, en esa dirección, señorita. Celebraré que encuentre a su tío.

—Gracias, teniente.

Sybil echó a andar, con paso clástico y gracioso al mismo tiempo. Bolton la contempló un tanto perplejo.

Se preguntó si había obrado bien al callar el encuentro con la joven africana. Sir Philip y la joven de color debían de conocerse anteriormente, cosa no extraña, si se pensaba en la vida del inglés y sus aventuras en el continente negro. Pero él no era quién para andar con chismorrerías acerca de asuntos que le eran completamente ajenos.

Reanudó el caminó y entró en el edificio. Momentos después, estaba hablando con su jefe.

—Las vacaciones le han sentado bien, Dag —observó Robertson—. Está usted hecho un galán de cine.

—Ya será un poco menos, jefe —sonrió el joven—. Bueno, ¿tiene algo para mí?

Robertson le entregó una carpeta.

—El caso Skinner —indicó—. Una estafa de casi un millón de dólares, con falsificación de firma. Pero el sospechoso niega rotundamente tener nada que ver con el asunto

Bolton silbó.

—No es una minucia —comentó.

—No, desde luego. Oiga, Dag, ¿sabe que en cierto modo tenía usted razón?

—¿A que se refiere, jefe?

—Hombre, al suicidio de Nephertys.

—Ah, lo había olvidado...

—No me extraña —sonrió Robertson—. Bueno, aquella noche había

alguien en la sala, cuya presencia, sin duda, causó una fortísima impresión en la artista. El hombre se llamaba Walter Empson, un tipo con mucho dinero y más mal genio aún. Parece ser que, hace algunos años, la bailarina tuvo un lío con el hijo de Empson, un muchacho que empezaba a despuntar en la vida.

—Siga, jefe —sonrió Bolton—. Sin duda quería decirme que se trataba de un adolescente.

—Tenía diecinueve años. Nephertys se dio cuenta bien pronto de que el padre del chico no toleraría nunca el matrimonio y rompió las relaciones. El hijo de Empson se desesperó de tal modo, que acabó saltándose la tapa de los sesos. Puesto que era hijo único, puede imaginarse cómo quedó el padre.

—No debió resultar agradable, en efecto.

—De Empson se sabe que es ruin, rencoroso y vengativo hasta extremos ridículos. No se le ocurra estafarle diez centavos, porque le perseguirá toda la vida, cuanto más si se trataba, en este caso, de la de su único hijo. Hablé con él y, aunque no le mencioné nada al respecto, saqué la conclusión de que se alegraba de la muerte de Nephertys.

—Ella dejó a su hijo porque sabía que el matrimonio era imposible. Hizo lo que le parecía era su deber, pero no tenía la culpa de la desesperación del muchacho.

—Con hombres así, no se puede razonar. Intenté hacérselo ver, pero ni siquiera quiso escucharme. Y como de todos modos nunca podremos hacerle nada, eso en el improbable supuesto de que tuviese algo que ver con el suicidio de Nephertys, decidí dar el caso por cancelado. Sólo se lo he dicho para que esté al corriente.

—Gracias, jefe. —Bolton agitó la carpeta—. Trataré de resolver este asunto lo más rápidamente posible.

—Usted lo conseguirá — afirmó Robertson.

* * *

Henry K. Grawson entró con paso renuente en la habitación, todavía no muy seguro de obrar con acierto, pero al mismo tiempo, impulsado por un sentimiento muy semejante a la desesperación. El rostro del hombre que había al otro lado de la mesa, quedaba en la penumbra. Sólo se divisaban sus manos, largas, delgadas, con uñas puntiagudas.

—Soy Jones. Siéntese, señor Grawson.

El visitante se lamió con la lengua los labios resecos. —Me ha bombardeado con sus llamadas telefónicas...

—Porque sabía que un día u otro terminaría por acceder a mis proposiciones —contestó Jones, impasible.

—De todos modos, no quiero comprometerme...

—No se comprometerá usted a nada. Todo saldrá a la perfección y jamás nadie podrá relacionarle con la muerte de su esposa.

—Eso es un poco fuerte —protestó Grawson con timidez. —La muerte de

un ser humano siempre es algo fuerte. Veamos, usted está harto de su esposa. Ella le pasa casi diez años y, además, tiene las llaves del dinero.

Jones rió despreciativamente.

—Yo también he hecho un poco de dinero...

—Comparado con la fortuna de su esposa, es algo así como un vaso de agua arrojado al mar. Pero, además, hay otra cosa.

—¿Si?

—Beth Coleman. Veinticinco años y una figura escultural. La señora Grawson tiene cuarenta y seis y la apariencia de una foca. Beth no tiene dinero, pero es un bombón. Si la señora Grawson se entera, pedirá el divorcio y usted se quedará de patitas en la calle.

Grawson emitió un gruñido. Aquel sujeto estaba muy bien informado de su vida, reconoció.

—Siga—dijo roncamente.

—Por cien mil dólares, le ofrezco treinta o cuarenta millones. No sé exactamente cuál es la fortuna de su esposa, pero eso no importa ahora demasiado. Usted, si ella muere, será el único heredero. Piénselo bien.

Grawson carraspeó.

Cerró los ojos un instante. La vida, con dinero abundante, junto a Beth, sería algo muy distinto al infierno actual.

Para colmo, su esposa, además de celosa, era insaciable sexualmente. Y sólo le quería a él, no había tenido siquiera la ocurrencia de haberse buscado un amante joven. Grawson pensaba a veces que su mujer quería deshacerse de él, agotándole físicamente.

—Cien mil dólares...

—Cincuenta mil cuando firmemos el contrato. Bueno, era una metáfora —sonrió Jopes—. Quiero decir, cuando acepte... tomar parte en el juego. Y otros cincuenta mil cuando... la cosa esté concluida.

—¿No me relacionarán con su muerte?

De pronto, Jones se echó hacia adelante. Grawson vio sus ojos, brillando en la penumbra, y se asustó.

—¿Recuerda el suicidio de la bailarina de la espada? —preguntó Jones.

—¿Nephertys? —dijo Grawson.

—Sí.

—Yo lo provoqué. Alguien deseaba su muerte. Nephertys se suicidó delante de más de mil personas. ¿Quién puede acusar ahora al hombre que quería verla morir?

Grawson tragó saliva. ¿Estaba delante de un demonio?, se preguntó.

—Regrese a su casa —dijo Jones—. Si está decidido, empiece a reunir los primeros cincuenta mil dólares. Puede hacerlo perfectamente, con su cuenta particular. Dentro de una semana, le llamaré. Caso de que acepte, vendrá aquí para recibir las últimas instrucciones...

—Y... su... suponiendo que aceptase, ¿cu... cuándo sería?

Jones sonrió malignamente.

—Faltan solamente dos semanas para el cumpleaños de la señora Grawson... —contestó.

CAPITULO III

Terminó de redactar unas notas y se dispuso a abandonar su despacho. Entonces fue cuando vio a la chica, sentada en una silla, al otro lado de la mampara de vidrio.

Abrió la puerta. Una mujer policía se dirigió hacia él.

—Quiere verle, teniente —manifestó—. Dijo que esperaría a que usted hubiese terminado su trabajo...

—Gracias, Molly. Señorita Hackeray, estoy a su disposición.

Sybil se levantó. Bolton se echó a un lado, para que ella cruzase la puerta.

—Molly, por favor, dos cafés —pidió.

—Sí, teniente.

Bolton acercó una silla con las dos manos.

—Está preocupada —dijo.

—Sí —admitió ella.

—¿Fuma? —Bolton le ofreció cigarrillos y Sybil aceptó uno.

Callaron un momento. Molly vino con dos vasos en las manos y se retiró en silencio.

—¿Y bien? Cuénteme su problema, señorita Hackeray. Le prometo hacer todo lo que pueda en su favor.

—Mi tío no está en su casa. Sospecho que algo malo ha debido de sucederle —declaró Sybil.

—¿Cómo sabe que no está en casa?

—Me lo ha dicho el conserje. El me conoce. Hace un par de años estuvimos aquí, mi madre y yo, pasando una temporada con él. Puesto que me conoce, me dejó la llave del apartamento, ya que su mujer se ocupa de la limpieza del mismo.

—Y no encontró nada...

Sybil hizo un gesto negativo.

—Todo está en orden, pero falla él —respondió.

—Sir Philip residía en esa casa desde hace años, al parecer. Por tanto, el conserje tiene que estar muy bien enterado de sus andanzas, si no le molestara la palabra.

—Mi tío se ausentaba a veces, sin decir adónde se marchaba, encargando únicamente le tuvieran limpio y ordenado el apartamento. Pasaba largas temporadas ausente y luego regresaba, y solamente entonces decía dónde había estado. ¿Conocía usted sus trabajos?

—Pues... no —confesó el joven.

—Había publicado varios libros, con relatos de sus viajes. El último se titulaba «Seis meses con los Kassai». Tuvo mucho éxito, creo.

—Lo compraré —prometió Bolton con sonrisa comprensiva—. Pero si estaba habituado a marcharse sin avisar...

—Ahora es distinto —dijo Sybil—. Nos escribió hace algunos meses y

afirmaba se había retirado definitivamente de los viajes. Estaba ya cansado; la verdad es que había llevado una vida bastante agitada y empezaba a sentirse viejo.

—Sí, parece lógico. Pero ¿quién sabe? Si era un viajero impenitente, habrá sentido de nuevo la tentación de...

—No lo creo así. Sus afirmaciones eran muy rotundas y las repitió en la última carta, fechada hará unos tres meses y medio. Mi madre estaba convencida de que no iba a viajar nunca más.

—Habrá que hacer algo, en efecto —convino Bolton—. Puede que realmente se trate de una desaparición no justificada... Escuche, se me ha ocurrido una idea. ¿Le importa que eche un vistazo al apartamento de su tío? Tengo alguna experiencia y quizá podamos encontrar algo que nos permita saber lo que ha sucedido.

—Se lo agradeceré, teniente. Aunque mi tío tenía un carácter más bien difícil, con la familia se portaba siempre estupendamente. Yo le apreciaba muchísimo.

—Eso le honra, señorita —sonrió Bolton, a la vez que se ponía en pie. Agarró la chaqueta, se la puso y abrió la puerta—. Cuando guste.

* * *

El apartamento de sir Philip Lawlison era grande y estaba dividido en dos planos, por lo que se necesitaba una escalera de ocho peldaños para llegar al superior, protegido el borde por una barandilla de hierro forjado.

Por todas partes, había trofeos y recuerdos de los viajes de sir Philip por los más recónditos parajes del planeta. Máscaras, estatuillas, arcos, flechas, lanzas, azagayas, escudos, vasijas de todas clases... Era un pequeño museo, en el que, por supuesto, no faltaban unas cuantas pieles de felino salvaje.

El salón seguía inmediatamente al pequeño vestíbulo, cuya puerta estaba flanqueada por dos colosales colmillos de elefante. En las paredes pendían cabezas de animales salvajes. La pieza principal era la cabeza de un rinoceronte, un macho viejo, a juzgar por los cuernos situados sobre el hocico.

En el plano superior estaba el estudio de trabajo, separado de las habitaciones dedicadas exclusivamente a vivienda: dormitorios, cocina y baño. En el estudio había dos grandes estanterías, repletas de libros. También había un gran globo terráqueo y un enorme mapa de África, enmarcado, pendiente de una de las paredes.

—Puede registrarlo todo sin temor —indicó Sybil—. Y ya que se molesta tanto por mí, me permitirá prepararle un whisky. Escocés legitimo; mi tío no bebía otro.

—Es una excelente recompensa —aceptó él sonriendo.

Una hora más tarde, encendió un cigarrillo.

—Por ahora, no encuentro nada —manifestó—. De todos modos, mañana hablaré con mi colega de Personas Desaparecidas, el teniente Aguilar. Es un

hombre muy competente y puedo decirle que ha conseguido encontrar a más personas desaparecidas que ningún otro.

Sybil trató de sonreír.

—Le doy las gracias, teniente. Es usted muy amable, haciendo tanto por una chica que le es completamente desconocida.

—No tiene ningún mérito; es nuestra obligación. ¿Se queda en el apartamento?

—Sí, por supuesto.

Bolton sacó una tarjeta.

—Aquí tiene mi teléfono —indicó—. Si recuerda algo interesante, no deje de decírmelo. Pero mañana acuda sin falta al teniente Aguilar. Yo le hablare previamente, ¿entendido?

Sybil sonrió.

—Me siento un poco más tranquila —declaró.

—Eso es bueno... Ah, por favor, ¿cómo ha dicho que se titula el último libro de su tío?

—«Seis meses con los Kassai». Aquí tiene varios ejemplares. ¿Quiere llevarse uno?

—Me evita la molestia de comprarlo —sonrió él.

* * *

Aquella noche, después de cenar, Bolton se acostó temprano, con el libro de sir Philip Lawlison en las manos. La lectura le resultó fascinante, de tal modo, que estuvo despierto hasta que lo acabó por completo.

Una de las cosas que más llamaron su atención fue la descripción de la diosa Kanith, la de los «ojos profundos», que según la tradición podía ver el interior de una mente humana y condicionar a la persona observada en determinado sentido, según hubiera sido su existencia hasta aquellos momentos. No obstante, y siempre según el narrador, Kanith podía causar otros efectos entre los mortales y hasta, en determinadas circunstancias, obedecer los deseos de su adorador. Kanith había sido reproducida en estatua, cuya fotografía en color figuraba entre las numerosas ilustraciones del libro.

Bolton había visto la lámina cuando llegó a la página correspondiente, pero una vez finalizado el libro, volvió las hojas hacia atrás, para examinar de nuevo la estatua de la diosa, reproducida en dos imágenes diferentes, una de cuerpo entero y otra, más grande, casi de tamaño natural, en la que sólo se veía el rostro.

La desproporción entre la figura humana y la estatua resultaba obvia. Sin embargo, el rostro había sido reproducido con una fidelidad asombrosa, sin rasgos exagerados ni caricaturescos, con el mismo arte que habría podido hacerlo el mejor escultor griego.

Los ojos, sin embargo, resultaban algo mayores de lo normal. El color rojo de los rubíes que sustituían a los globos oculares parecía fuego puro. Por un

instante, Bolton sintió una especie de vértigo, como si algo le atrajera hacia aquellos ojos. Fue una cortísima fracción de segundo, pero le pareció que los rubíes recobraban vida y que el rostro de la diosa se animaba con el soplo de la existencia. Ya no era la reproducción de una estatua, sino la cara de una mujer viva, hermosa, deseable.

Algo empujó hacia la mujer. Nubes de vapor giraron en torno suyo. Una extraña música, salvaje y potente, vibró en sus oídos. Era una especie de llamada que no podía desatender.

Detrás de la mujer, estaba la selva, cálida, lujuriante, con numerosos lugares a los que el sol no llegaba jamás, interceptados sus rayos por la espesura de la vegetación. Había allí un gran estanque, alimentado por una cascada de agua, que caía entre las peñas. Junto al estanque se divisaba a una mujer, desnuda, incitándole a acudir a su lado.

. Aquella mujer tenía la piel casi completamente negra, pero era hermosa y deseable como ninguna de las que había conocido hasta entonces. Lo más extraño de todo era que su rostro le resultaba familiar.

De repente, la visión desapareció y todo fue negrura. Por la mañana, cuando despertó, vio que tenía el libro aún en la cama.

—Fue una pesadilla, sin duda —murmuró, al recordar la visión de la noche pasada. Pero no le cabía la menor duda de que antes de verla en el libro, había visto a Kanith alguna vez en otra parte.

—¿Dónde? —se preguntó, mientras procuraba reaccionar bajo el agua fría de la ducha.

Más tarde, habló con su colega Aguijar, el de Personas Desaparecidas, a quien encomendó que hiciera todo lo posible para hallar a sir Philip Lawlison. Luego se enfrascó en su propio problema, el caso Skinner, en el que había nada menos que un millón de dólares en juego.

* * *

Lorna Grawson era el prototipo de la mujer pagada de su fortuna, cosa que le gustaba demostrar a la menor ocasión que se le presentaba. En torno a su cuello, rebosante de grasa, se veían tres hileras de perlas de gran tamaño. Además, llevaba un enorme medallón de oro y brillantes, pendiente de una cadena de oro, que habría sido capaz de levantar una de las anclas del «Queen Mary», más varias pulseras en ambos brazos, sin contar los numerosos anillos y sortijas que apenas permitían ver los rollizos dedos de sus manos.

A Lorna le gustaba, además, dar ciertas fiestas en la lujosa mansión que tenía en las afueras de la ciudad, sobre un elevado risco, que caía a pico sobre la llanura próxima. El dinero todo lo podía, incluso le había permitido encontrar un arquitecto con buen gusto, que le había levantado una casa como pocas. Claro que después, gran parte de la decoración, había corrido a cargo de la propia Lorna, lo cual había echado a perder los buenos efectos conseguidos por el constructor. Pero como eso sólo se veía desde el interior,

la fama del arquitecto no había sufrido mengua alguna.

A la fiesta que daba con motivo de su cumpleaños asistían escasamente dos docenas de personas, seleccionadas entre lo mejor de sus amistades. Por supuesto, el señor Grawson también estaba presente. Su regalo había consistido, muy sencillamente, en un gran ramo de rosas, oculto entre las cuales había un sobre. Al abrirlo, Lorna había visto que contenía dos pasajes para el crucero de recreo en el «Pacific Princess». El detalle la había emocionado tanto, que había llegado a derramar unas lagrimitas, reprochándose a sí misma el haber sido capaz de dudar del afecto y la fidelidad de su esposo.

Lorna lo había pregonado una y otra vez a sus invitados. El señor Grawson se sentía muy ufano del cariño que le demostraba su mujer y sonreía cada vez que ella, en su presencia, decía que el crucero en el «Pacific Princess» iba a ser la repetición de su ya lejana luna de miel. Naturalmente, las felicitaciones habían llovido sobre la pareja.

La fiesta transcurría con gran animación y en un ambiente muy agradable. En un momento determinado, Grawson se acercó a su esposa con dos copas en la mano.

—Querida, ¿te apetece...?

—Oh, Henry, eres un encanto.

De pronto, alguien empujó a Grawson y el champaña de una de las copas fue a parar al vestido de su mujer.

—¡Qué catástrofe! —Se horrorizó Grawson—. Dispensa, cariño, pero alguien me ha empujado...

Lorna se sentía particularmente enternecida en aquella ocasión. Su espeso podía haberle regalado algo de verdadero valor, pero se había limitado a flores y los pasajes para el crucero. Había pensado mal de él, no cabía la menor duda, y la ternura de que estaba impregnado su ánimo, evitó la desabrida contestación que sin duda le habría dado en otras circunstancias.

—No tiene importancia, querido —dijo—. Simplemente, me cambiare de vestido. Me disculpáis, ¿verdad? —se dirigió al pequeño grupo de invitados que la rodeaban.

Lorna fue a su habitación y empezó a soltarse las presillas del vestido, mientras su esposo conversaba con un matrimonio amigo. De pronto, los ojos de Lorna repararon en algo que no había visto hasta aquel momento.

Aquella estatua de color negro, con los ojos de fuego...

Durante unos segundos, permaneció inmóvil, con la vista hipnóticamente fija en la estatua. Le pareció captar ciertas oscilaciones en el brillo de los ojos hechos de sendos rubíes. Luego, aquellas gemas parecieron despedir verdaderas llamaradas.

Entonces, sin mostrar la menor alteración, dio media vuelta y regresó por el mismo camino que había seguido para la ida. Una amiga quiso decirle algo, pero ella no dio respuesta a sus palabras.

Los invitados apenas se dieron cuenta de lo que sucedía, hasta que la

vieron en pie, sobre el parapeto que protegía la terraza, situada en el borde del risco. Grawson lanzó un agudo grito:

—¡Lorna!

Y corrió hacia ella, pero ya era tarde.

La señora Grawson dio un salto y se precipitó en el vacío, en medio del horror y el asombro de los circunstantes.

Algunos, morbosamente curiosos, se asomaron al borde y la vieron caer, rebotando espantosamente contra las rocas, dejándose en el mortal camino jirones de ropa y de carne. Finalmente, tras un último salto, se estrelló contra el suelo, situado a más de ciento veinte metros de distancia.

CAPITULO IV

Bolton se encontró dos días después con Sybil. Ella le dio las gracias por haberle recomendado al teniente Aguilar.

—Agradézcamelo mejor, aceptándome una taza de café en ese bar —sonrió él, señalando la puerta del local, situado a no mucha distancia de la Jefatura.

—Está bien —contestó ella, con una chispa de malicia en los ojos—. ¿Es ése siempre el pago que exige a los que van a pedirle un favor?

—Sólo a algunas personas —dijo Bolton, mientras abría la puerta de la cafetería—. Me refiero a las que dan placer con su conversación... y con su presencia.

—Y yo soy una de esas personas.

—La duda ofende.

Sybil rió suavemente, mientras se acomodaba en un taburete.

—Teniente, sospecho que debe de ser irresistible para las mujeres —dijo.

—Sólo en apariencia. Cosecho muchos fracasos.

—No me diga...

—La fachada no lo es todo, señorita Hackeray. Pero dejemos aparte mis cualidades de conquistador. ¿Qué noticias tiene de su tío?

—Ninguna —respondió la muchacha—. Su colega ha prometido avisarme apenas sepa algo. Es un hombre muy amable.

—Se lo diré cuando lo vea. Por cierto, ¿tiene algún compromiso para esta noche?

Ella le miró maliciosamente.

—¿Qué está tramando, teniente?

—Una horrible conjura. La llevaré a cenar, le administraré una droga y luego caerá en mis brazos. Cuando despierte, a la mañana siguiente, no recordará nada de lo sucedido.

—Y usted habrá puesto una muesca más en la culata de su revólver —rió Sybil alegremente—. Está bien, correré el riesgo de ser drogada.

—Tomará la misma droga que yo, en Constanton's. Prepara un asado de pierna en su jugo como ningún otro. Yo me he habituado ya a esa droga y si no la tomo al menos una vez a la semana, noto en seguida el síndrome carencial y tengo que correr hacia allí para evitar disturbios en mi organismo.

—Serán disturbios gástricos, supongo.

—Los propios de un estómago vacío.

—Tiene usted un humor magnífico, teniente. Lo celebro. A mí me gustaría también ser como usted.

—¿No lo es?

—Ahora, no —contestó Sybil melancólicamente—. No lo sé a ciencia cierta, pero presiento que algo malo le ha pasado a mi tío.

—Vamos, vamos, no sea pesimista...

Bolton se interrumpió de pronto. Alguien le hacía señas con una mano.

Era su colega de Personas Desaparecidas. Bolton se apeó del taburete.

—Dispénseme —musitó.

A pesar de su apellido hispano, el teniente Aguilar era muy rubio y tenía los ojos inmensamente azules. Contaba siete u ocho años más que Bolton y le pasaba al menos diez centímetros de estatura y casi veinte kilos de peso. Llevaba pistola porque lo exigía el reglamento, pero el número de maleantes que había detenido, con sus propias manos, antes de pasar a su actual situación, era infinito.

—Dime, Ray.

—Dag, no hay nada definitivo todavía —manifestó Aguilar—. No tengo pruebas, pero sí experiencia, tú lo sabes bien, aunque lo consideres inmodesto.

—Te conozco bien —sonrió Bolton—. ¿Has averiguado algo?

—Por ahora, no; pero el instinto me hace temer lo peor.

—¿Muerto?

—Peor. Asesinado.

Bolton hizo una rápida mueca.

—Tienes alguna pista —adivinó.

—Una, pero tan pequeña, que para verla necesitaría un microscopio. De todos modos, no puedo decirte nada más por ahora. Seguiré investigando. Y, te lo aseguro, nada me gustaría más que equivocarme.

—En este caso, un error sería algo satisfactorio, Ray.

—Pero no creo que se dé ese error —concluyó Aguilar.

Bolton le dio una palmada en el brazo.

—Gracias, compañero.

Regresó junto a la muchacha. Sybil le miró ansiosamente.

—Dígame algo, teniente —solicitó.

—Aguilar es un hombre de mucha perspicacia. Y también muy experimentado.

—Sí, me lo imagino. Pero, por favor, no se ande con rodeos.

—Teme algo malo, señorita Ackeray —dijo Bolton lentamente.

Sybil inclinó la cabeza. Bolton advirtió una ligera sacudida en sus hombros.

—Sea valerosa —dijo—. Aún no hay nada definitivo...

Los ojos de Sybil estaban húmedos, mientras se esforzaba por sonreír.

—Tío Philip era, a veces, estrafalario, pero nosotras le queríamos. Con la familia se portó siempre muy bien —manifestó.

—Lo sé, ya me lo dijo. Pero una sospecha no tiene por qué ser la expresión de la verdad.

—En este caso, ya le dije antes que lo presentía, yo también estoy de acuerdo con su colega.

Sybil recogió el bolso y bajó del taburete.

—Permítame acompañarla hasta su casa —rogó él.

—Gracias.

Bolton regresó más tarde a su oficina, en donde uno de sus ayudantes le dijo que el jefe quería verle inmediatamente.

—Tengo el caso Skinner casi a punto, señor —manifestó el joven, apenas se vio en presencia del comisionado Robertson.

—Me alegro que sea así, porque en cuanto esté despachado, pienso encomendarle otro asumo.

—Claro, es lo normal —sonrió Bolton.

—Este asunto no es tan normal como parece. ¿Ha leído los periódicos?

—¿A qué se refiere, señor?

Robertson le puso en las manos un periódico de la víspera, en el que se relataba el suicidio de la señora Grawson.

—He leído las reseñas, señor —manifestó el joven—. La señora Grawson se suicidó delante de sus invitados.

—Como Nephertys se suicidó delante de sus espectadores.

Hubo un momento de silencio. Bolton tenía los ojos clavados en el rostro dé su jefe.

—Usted sospecha algo... «non sancto».

Robertson hizo una mueca y se cambió el cigarro al otro lado de la boca.

—No sé qué pensar —respondió—. Veintitantas personas vieron lanzarse a la señora Grawson desde el parapeto de la terraza. La fiesta de cumpleaños estaba animada, pero no había ningún borracho y menos ella, muy poco aficionada al alcohol, porque la engordaba. En la autopsia no se han detectado drogas en su cuerpo. Y sin embargo...

—Es muy extraño, en efecto —convino Bolton.

La fortuna de Lorna Grawson asciende a una cifra próxima a los cuarenta millones de dólares, que pasará integra a poder de su esposo. Este tiene algún dinero, pero nada del otro mundo, si pensamos en su nivel social, claro. Comparado con nosotros, sin embargo, es un hombre rico. Pero hay dos cosas que llaman la atención, Dag. La primera es que

Lorna es diez años mayor que su esposo, y que, como mujer, había perdido ya sus atractivos. La segunda se refiere a la amante de Grawson, una mujer que es toda una belleza y que responde al nombre de Elisabeth Coleman.

—Sin contar con la fortuna, dos motivos muy poderosos para desear quedarse viudo, señor.

—Efectivamente, porque, en el supuesto de un divorcio, que Lorna habría concedido muy difícilmente, Grawson no habría percibido un centavo. Por tanto, la muerte de su mujer le deja en una esplendida situación financiera.

—Y en completa libertad para disfrutar de los favores de la bella Elisabeth.

—Sí.

—Pero fue un suicidio. Y había muchos testigos.

—Eso es lo que complica todo el asunto. Mire, yo era amigo personal de Lorna. Como mujer, era repulsiva, y no sólo físicamente. Si yo hubiera sido su esposo, le habría dado alguna bofetada en más de una ocasión. Y la habría

enviado al diablo, sin importarme su dinero..., pero no todo el mundo piensa así, Dag.

—Usted quiere que investigue...

—Cuando termine con el caso Skinner le dejare las manos libres en este otro. ¿De acuerdo?

—Sí, señor.

—La muerte de Lorna Grawson ha hecho mucho ruido, tanto o más que la de Nephertys. Son dos suicidios aparentemente incomprensibles. Me gustaría saber si fueron auténticamente reales, es decir, deseados por las víctimas.

—Usted piensa que alguien la impulsó a darse muerte.

Robertson, se quitó el puro de la boca y apuntó con él a su interlocutor.

—Es algo que puede suceder —dijo—. En el caso de Nephertys, tenemos a Walter

Empson. Y en el de Lorna, tenemos a su esposo. Quizá no sean más que suposiciones mías..., pero me gustaría dormir tranquilo con respecto a esos dos muertos.

—Muy bien, creo que lo de Skinner quedará solventado en un par de días. Inmediatamente empezaré con el otro caso.

—Gradas, Dag. Sé que es difícil, pero usted lo llevará a buen puerto, sea cual sea el resultado final.

—Gracias a usted, señor.

Bolton abandonó el despacho de su jefe. ¿Había impulsado alguien a dos mujeres a darse muerte a sí mismas?

Si era así, no había duda de que se trataba de algo muy bien elaborado y mejor realizado.

—En suma, el asesinato perfecto —murmuró.

La víctima moría y a su asesino no se le podía probar su intervención en el crimen.

* * *

Henry Grawson entró en el despacho, portador de un maletín que dejó sobre la mesa.

—Aquí tiene todo —dijo.

Jones sonrió.

—La cosa salió tal como le indiqué.

—Sí.

Jones abrió el maletín. La estatua tenía los ojos vendados. Al lado, se veía un sobre muy abultado. Examinó el interior rápidamente y luego lo guardó en el cajón de una mesa.

—Veo que sabe cumplir sus tratos, señor Grawson —dijo—. Como ha podido apreciar, su esposa murió y a usted no se le puede culpar en absoluto de esa muerte.

—¿Cómo lo hizo? —quiso saber Grawson.

Jones soltó una risita.

—Lo hice, es todo lo que importa —respondió, evasivo. —Muy bien —Grawson se puso en pie—. Me parece que ya hemos terminado, señor Jones.

—Para siempre, señor Grawson.

El visitante se alejó hacia la puerta. De pronto, se volvió. —Señor Jones...

—Dígame, amigo mío.

—Si un día necesitas?... sus servicios, ¿podría venir a visitarle?

—¿Cómo? ¿Ya está pensando en eliminar a la hermosa Beth Coleman?

—No, por supuesto. Sólo quería saber...

—Si necesitase de mis servicios, venga a verme. Pero esta vez le costaría mucho más caro.

—Puede que mereciera la pena.

—Nos arreglaríamos, se lo aseguro. Sólo tiene que evitar la ocasión de que Beth le sea infiel con otro.

—¡Lo sabe todo! —se espantó Grawson.

Jones sonrió malignamente.

—Lo sé todo —confirmó—. Pero si usted habla claro con Beth y le pone las cartas boca arriba, ella volverá al redil y dejará al otro.

—Lo haré, se lo prometo.

—Felicidades, señor Grawson.

Jones se quedó solo. Sacó la estatuilla de la maleta y la llevó a la caja fuerte, en donde le quitó la venda de los ojos. Por supuesto, la diosa tenía la cara vuelta hacia la pared.

Luego regresó jumo a la mesa. Abrió una agenda, la consultó un momento y luego marcó un número de teléfono.

—Señora Rugger, tengo entendido que su esposo se encuentra en malas condiciones de salud, no obstante lo cual, puede vivir todavía muchos años, aunque sujeto a la silla de ruedas, claro...

CAPITULO V

El caso Skinner estaba resuelto. Bolton pensó que bien podría tomarse un día de descanso, antes de iniciar las investigaciones que le había encomendado su jefe. Terminó muy tarde y salió del despacho, cuando ya era de noche.

Le hubiera gustado ir a cenar con Sybil, pero, al no saber la hora en que terminaría su tarea, no se había atrevido a citarla. Ahora era ya un poco tarde. Mañana quizá...

Bolton residía, relativamente, a poca distancia de la Jefatura, por lo que decidió regresar a pie a su casa, con objeto de estirar las piernas un poco. Diez minutos más tarde, oyó un grito sofocado, junto a una grosera imprecación.

—Vamos, sucia negra, suelta la pasta o te haré un ojal en la tripa y así sabré si tu sangre es del mismo color que tu asquerosa piel.

Las voces procedían de la esquina próxima. Bolton se asomó con precaución. Había allí un chico joven, de pelo rubio y lacio, vestido con vaqueros y cazadora negros, en cuya mano brillaba el acero de una navaja.

La víctima estaba frente a él, apretando su bolso con ambas manos. Bolton no se fijó en ella; sólo sabía que era una persona a la que él tenía que proteger.

Saltó hacia delante y agarró el cuello del ladrón con ambas manos, proporcionándole una sorpresa absoluta. La mujer retrocedió un paso.

—Suelta la navaja o te estrangulo aquí mismo —dijo Bolton amenazador.

La navaja cayó al sucio. Bolton soltó al ladrón y lo despidió con un fuerte puntapié en las posaderas. El jovenzuelo echó a correr inmediatamente.

—Gracias, caballero —dijo la mujer con voz melodiosa—. Me ha salvado usted de un serio compromiso.

—Las calles de nuestra ciudad son menos seguras de lo que querríamos —sonrió Bolton.

De pronto, lanzó una exclamación:

—¡Usted!

Ella le miró sorprendida.

—¿Me conoce?

—Hace algunas semanas, usted me preguntó por la calle Mawbridge, en donde residía un hombre al que pensaba ir a visitar, sir Philip Lawlison.

—Es cierto —reconoció la joven de color—. Perdone, está usted a contraluz y no le había visto bien la cara...

—¿Habló con Philip, señora?

—No, lo siento. Me dijeron que se había ausentado. Oiga, ¿por qué le interesa...?

—Permítame que me presente —dijo él—. Bolton, teniente de policía.

—Ah —murmuró la joven—. Soy Audah Hogo.

—Africana.

—De Kassaiea. Pero temo que no me estoy portando demasiado

cortésmente con quien me ha librado de un serio apuro. Teniente, tengo alquilado un apartamento muy cerca de este lugar. ¿Me aceptaría una copa como expresión sincera de mi agradecimiento?

—Encantado —contestó él sin pensárselo dos veces

* * *

Audah se había cambiado de ropa, sustituyendo el traje de calle por otro muy exótico, completamente blanco y cerrado de cuello, sin mangas, largo hasta el suelo y con originales adornos en rojo, verde y negro. Llenó dos copas y entregó una a su huésped.

Bolton tenía la vista fija en el hermoso rostro de la joven. Audah se percató del detalle.

—¿Qué mira? —preguntó.

—Su cara. La he visto en otra parte.

—Hace algunas semanas...

—No, en un libro de viajes titulado «Seis meses con los Kassai». El autor es sir Philip Lawlison.

Audah se sentó frente a él y cruzó las piernas.

—Conozco el libro —dijo—. Hay una parte de verdad y muchas de invención. Pero el autor tenía que hacerlo así o no habría llenado el suficiente número de páginas.

—Vi las fotografías de Kanith.

—¿Sí?

—Su rostro es igual al de usted.

Audah sonrió.

—Usted no conoce la auténtica historia de esa estatuilla —dijo.

—Pero me gustaría conocerla.

—¿Quiere escucharme?

—Será un placer, señorita...

—Llámeme Audah, por favor.

—Mi nombre es Dagobert, pero todos me llaman Dag —sonrió Bolton.

—Entendido, Dag.

Audah se reclinó en el diván, Los senos, redondos, poderosos, resaltaron bajo la liviana tela del vestido. Las piernas se adivinaban largas, perfectamente torneadas, esbeltas y fuertes al mismo tiempo. Bolton vio a la joven con los ojos de la imaginación, cubierta por unos escasos trozos de piel moteada y en la mano derecha una azagaya, o quizá un arco y flechas, persiguiendo a alguna pieza de caza. Visto en la realidad, sería un espectáculo imborrable.

—La estatua primitiva, cuya antigüedad se desconocía, se rompió en centenares de fragmentos hace muy pocos anos, a consecuencia de un terremoto que destruyó el edificio en que se hallaba —explicó Audah—. Cayó al suelo y, como digo, se rompió, aunque por fortuna sus ojos quedaron

intactos. Ciertamente, y más hoy en día, muchos de los kassai son incrédulos, pero la mayoría se mostraron de acuerdo en que se construyera una nueva imagen. No somos tan salvajes como puede pensar, Dag —añadió la joven sonriendo.

—Nunca se me ocurriría...

Audah levantó una mano.

—Espere, por favor —le interrumpió—. Un hombre de nuestro pueblo se encargó de reproducir la estatua. Le parecerá extraño, pero era todo un artista; había estado en Europa estudiando a fondo las obras de arte de los mejores muscos. Al cabo de varios años, regresó a su pueblo y poco después fue cuando se produjo el terremoto. A él se le encargó reproducir la estatua, pero si bien lo hizo con toda fidelidad en la mayoría de los detalles, se tomó la libertad de alterar las facciones de su rostro.

—Y copió el suyo.

—Sí. —Audah volvió a sonreír—. Tenía razones para hacerlo, Dag.

—¿Puedo saber cuáles son esas razones?

—Era mi esposo.

—Entiendo... ¡Ha dicho «era»! —exclamó Bolton súbitamente.

Audah se puso seria.

—Murió —dijo.

—Lo siento tantísimo...

—Alguien quiso robar la estatua. Mi esposo trató de impedirlo y fue asesinado.

Sobrevino un momento de silencio. Audah y Bolton se miraban con reciproca fijeza. ,

—Adivino quién lo hizo —dijo Bolton al cabo.

Ella asintió.

—Sir Philip —confirmó—. Se había encaprichado de la estatua y la consiguió al precio de una muerte.

Bolton meneó la cabeza.

—No sé qué decirle...

—Yo he venido aquí a buscar la estatua.

—Y a vengarse de sir Philip?

—Sí.

—Audah, ¿me permite un consejo?

—Por supuesto.

—Comprendo sus sentimientos de venganza. Pero, por favor, no cometa un asesinato. En este país hay leyes...

—No pienso matarle, si le encuentro —declaró ella sorprendentemente—. Mi venganza será infinitamente peor. Me llevaré la estatua.

—Y sir Philip lo lamentará el resto de su vida.

—Eso espero.

—Ha desaparecido —manifestó Bolton—. Confidencialmente, le diré que hay ciertas razones para suponer que está muerto.

Audah levantó las cejas.
—¿De veras?
—Por ahora, son simples sospechas. Sin embargo, quiero que sepa hay un colega mío, encargado de investigar la desaparición de sir Philip. En cuanto sepa algo, se lo diré inmediatamente.
—Gracias —musitó ella.
—Estuve leyendo el libro de sir Philip. ¿Es cierto todo lo que se dice de él, acerca de Kanith? ¿Es acaso una estatua mágica?
Audah sonrió enigmáticamente.
—Tiene unos poderes que son inconcebibles para la mente del hombre blanco —respondió.
—¿Puede matar?
—¿Quiere decir si es capaz de causar la muerte de una persona? Si fuera así, ¿creería usted en lo que, aparentemente, no es sino una superstición?
—Me interesan las cosas extrañas, que se salen de lo corriente.
Ella seguía sonriendo. De pronto, Bolton creyó apreciar un súbito cambio en sus pupilas.
Hasta entonces habían sido de color negro. Ahora... ¿se tornaban rojas?
—El que tiene la estatua, se convierte en su dueño y ella le concede lo que le pide, pero luego tiene que pagarle el favor. Kanith cobra muy caros sus servicios.
La voz de Audah parecía llegar de gran distancia.
—¿Cómo...? —preguntó Bolton.
—A veces... Kanith exige una vida...
«Historias, leyendas, supersticiones», pensó Bolton.
—Pero también sabe otorgar recompensas —añadió Audah.
Sus pupilas ¿eran ahora del color del rubí?
—Recompensas, ¿por qué? —inquirió el joven.
Audah se puso en pie. Bolton se levantó maquinalmente.
—Simplemente, por el respeto que se le pueda tener —contestó ella.
Avanzó un pasó. Ahora sus ojos despedían un cálido fuego escarlata.
Súbitamente, el vestido cayó al sucio. Audah apareció ante los ojos del joven en su esplendorosa desnudez, increíblemente hermosa, como la más perfecta de las esculturas, los senos avanzando retadores, picudos, erguidos como montañas de carne viva y palpitante...
No era una estatua, sino una mujer llena de vida, estallante de pasión, ardiente, apasionada... y maravillosa.

* * *

—Parte del misterio estriba en el ayudante de míster Philip —dijo el teniente Aguilar aquella mañana.
Bolton estaba en su mesa, con los expedientes de los casos Nephertys y Grawson, y levantó la vista para estudiar el rostro de su colega.

—¿El ayudante? —repitió.

—Theodore Hunter —dijo Aguilar—. Era el hombre de confianza de sir Philip y desapareció también, aproximadamente por las mismas fechas. Se sabe que cobró un cheque, firmado por Lawlison, pero no era una suma demasiado elevada, algo más de cinco mil dólares. La fecha es de un día anterior al que sir Philip fue visto por última vez, por el conserje de la casa.

—¿Y tú sospechas...?

—Sir Philip no era tan honesto como aparentaba. Siempre se traía cosas de valor, producto más bien de expoliaciones que de adquisiciones. He llegado a saber que hace un par de años, vendió una pequeña partida de diamantes en bruto, lo que le reportó algo así como trescientos cincuenta mil dólares. En su último viaje a África, se trajo una estatua muy rara, cuyos ojos eran dos enormes rubíes. Tal vez eso atrajo la atención de su ayudante. La estatua no ha aparecido en su casa, ni se tiene noticia de que haya sido vendida.

—Yo conozco la historia de esa estatua —manifestó Bolton, para sorpresa de su interlocutor.

—¿De veras?

—Es más. Puedo asegurarte que sir Philip la robó y que tuvo que matar a un hombre para conseguirlo.

—¡No me digas! ¿Cómo lo has averiguado, Dag?

—Me lo ha dicho la viuda de la víctima.

Aguilar agarró una silla y se sentó a horcajadas, con los brazos apoyados en el respaldo.

—Cuenta —pidió ávidamente—. Si lo que dices es cierto, los de homicidios podrían...

—Lo dudo mucho, Ray. El crimen se cometió lejos de aquí, en África. Sir Philip consiguió la estatua, lo que significaba una ausencia total de testigos. Si los hubiera en aquellos momentos, no hubiese podido volver a Estados Unidos.

—Una historia muy interesante —comentó Aguilar momentos después, una vez que Bolton hubo concluido la narración—. De modo que conoces a la viuda.

—Es toda una belleza, Ray.

Aguilar sonrió maliciosamente.

—Te felicito —dijo. Se puso en pie—. Bueno, voy a ver si consigo encontrar a ese maldito ayudante.

—Avísame cuando sepas algo.

—Descuida.

Bolton encendió un cigarrillo. Sybil estaba ausente; se lo había dicho al día siguiente de su encuentro con Audah. La muchacha iba a pasar unos días en casa de una amiga, que vivía a unos trescientos kilómetros de distancia.

El humo se retorció y pareció que tomaba la forma del cuerpo de Audah. Lo que había pasado aquella noche ¿era sueño o realidad?

Aún no estaba seguro. Recordaba muy vagamente haber regresado a su

casa, a hora muy avanzada de la noche, y luego había caído en profundísimo sueño, lo que le hizo dudar al despertarse. Prudente y discreto, sin embargo, no había vuelto a ver a Audah.

Pero volvería a verla. Lo presentía.

Sacudió la cabeza y aplastó el cigarrillo contra el cenicero. Sus ojos recayeron sobre una de las dos carpetas que tenía ante él: la rotulada con el nombre de Nephertys.

Se preguntó cómo reaccionaría Empson cuando le formulase preguntas sobre el caso. Había una forma de saberlo.

* * *

—Era una zorra, una repugnante zorra —dijo Empson, congestionado de ira—. Vi cómo se atravesaba con su propia espada y, aunque en el primer momento, compréndalo, me sentí horrorizado, luego me alegré de su muerte.

—Y no tiene reparo en confesarlo.

Empson se levantó, sosteniendo el cigarro con los dientes, fue a una consola y puso whisky en un vaso, que enseñó a su visitante. Bolton negó con un gesto.

Empson bebió la mitad de un trago.

—Ella hizo que mi hijo enloqueciera. Primero le sedujo; era un muchacho inexperto... Luego, cuando se cansó de él, lo dejó a un lado, tirado como un trapo viejo...

—Perdón, señor Empson; las noticias que tengo sobre el caso son algo diferentes. Creo que usted no quería que su hijo se casara con Nephertys.

—¡Pues claro que no! —Estalló el hombre—. ¿A qué padre decente puede gustarle que su hijo se case con una puta?

—¿Le pidió ella algún dinero por romper las relaciones?

Empson se quedó cortado.

—No, claro... ¡Pero el hecho es que mi hijo se pegó un tiro por culpa de esa mujer!

—Ella lo dejó, sabiendo que usted no consentiría en el matrimonio. Fue un noble proceder por su parte, aunque usted no quiera reconocerlo así.

—No. Yo obré como debía ser, y no me arrepiento de ello...

—Si hubiera consentido en el matrimonio, es posible que a estas horas fuese usted un abuelo feliz y dos personas que se amaban siguieran con vida —dijo Bolton acusadora mente.

—Teniente, no le consiento...

Bolton adelantó el torso...

—¿Tuvo algo que ver con el suicidio de Nephertys?

Las facciones de Empson se contrajeron súbitamente. Su cara perdió el color durante unos instantes.

—Ella se mató delante de mil personas —dijo con voz ronca.

—Quizá sugestionada por alguien que deseaba su muerte como venganza.

—¡Ridículo! ¡Absurdo!

—En tal caso, si la odiaba tanto, ¿por qué adquirió una butaca de primera fila para ver su actuación?

—Me interesaba ver...

Empson acabó el whisky y sujetó firmemente el cigarro con los dientes.

—Señor Bolton, si tiene que acusarme de algo, hágalo, pero le anticipo que no conseguirá sino hacer el ridículo más espantoso. ¡Sugerir que yo obligué a Nephertys a suicidarse es lo más disparatado que he oído en los días de mi vida!

—Al menos, no me negará que tenía motivos para desear su muerte.

—¿Y qué? Miles de ciudadanos desean la muerte de otros tantos, pero muy pocos llevan a la práctica sus deseos.

Bolton se puso en pie.

—Introducir en la mente de una persona el deseo de quitarse la propia vida está tan castigado por la ley como el hecho de matar personalmente —dijo.

De pronto, reparó en un libro que tenía sobre la mesa. Aunque estaba boca abajo, lo reconoció inmediatamente.

Alargó la mano y lo cogió. Empson dio un paso hacia él, pero se detuvo en el acto.

—Es un libro de viajes. Muy interesante —declaró.

—Lo he leído. ¿Conoce la leyenda de la diosa Kanith?

El rostro de Empson estaba completamente gris. Bolton se dio cuenta en el acto de la culpabilidad del sujeto. Pero ¿cómo demostrarlo?

¿Cómo poder probar públicamente que Nephertys no era dueña de sí misma cuando se atravesó con la espada?

Y, además, ¿había que creer en la leyenda?

—Gracias por todo, señor Empson —se despidió, a la vez que dejaba el libro en su sitio.

Empson no contestó.

CAPITULO VI

Bolton encendió un cigarrillo y se sentó despreocupadamente en un ángulo de la mesa.

—Jefe, ¿cree usted en la magia?

Robertson respingó.

—¿Qué magia? —preguntó agudamente—. ¿Juegos de manos?

—Algo mucho más poderoso, algo que se sale de los limites de nuestros conocimientos actuales.

—Ya, «zombies», vampiros y demás. También puede incluir telépatas e hipnotizadores, por supuesto. No se olvide de los OVNI, Dag —contestó Robertson sarcásticamente.

—Esto no es cosa de broma, señor —dijo el joven sin enojarse por el escepticismo de su jefe—. Usted mismo fue el que me puso en el caso.

—Desde luego, pero yo pensaba en la acción de alguna droga indetectada por los forenses. Como máximo, un hipnotismo muy fuerte, pero ni Empson ni Grawson tienen esas cualidades. ¿Acaso ha descubierto algo, Dag?

—En África existen misterios que nos resultan incomprensibles. Y hay fuerzas ocultas, con una potencia inimaginable para nosotros.

—¡Dag, por favor!

—Hablo completamente en serio, señor. Además, sospecho que todo este asunto está relacionado con la desaparición de sir Philip Lawlison. Usted habrá oído hablar de él, me parece.

—Sí, el famoso viajero —musitó Robertson.

—Sir Philip robó en África una estatua de la que se dice tiene poderes mágicos. El no está en su casa, ni la estatua tampoco, y no se sabe nada de su primer ayudante. Inicialmente, señor, para conseguir la estatua, sir Philip tuvo que cometer un asesinato. Puesto que nadie le vio, no hay testigos que puedan acusarle.

—¿Cómo sabe usted tantas cosas? —se asombró el comisionado.

—Por la viuda de la víctima... y por la sobrina de sir Philip.

—No ha perdido el tiempo con las mujeres, ¿eh?

—Sin falsa modestia, señor, ambas vinieron a mí, no yo a ellas —sonrió el joven.

—Pero no acabo Je entender la relación que pueda tener esta magia con los suicidios.

Bolton se miró la punta de los zapatos un momento. Luego dijo:

—Alguien la emplea para cometer unos asesinatos, que luego se hacen pasar por suicidios, señor.

Robertson miró incrédulamente a su subordinado.

—Dag, por favor... —repitió.

—Sí, sí, ya sé que todo esto suena a fantástico en estos tiempos, pero abrigo la firme creencia de que es así, señor.

—Pero, incluso aun admitiendo la verosimilitud de sus hipótesis, ¿qué beneficios podrían obtener los culpables?

—En el caso de Empson, la venganza. Respecto a Grawson...; se lo diré cuando lo haya averiguado.

—¿Piensa visitarle?

—Sí.

Robertson dudó un momento. Luego agitó una mano.

—Ándese con ojo. Procure no poner al Departamento en ridículo.

—Tendré mucho cuidado, señor —prometió Bolton.

* * *

La cancela estaba descuidadamente abierta. Bolton pensó que tal vez habría quedado así, para dar paso a algún suministrador que se marcharía en seguida. Avanzó a lo largo del sendero central, hacia la lujosa mansión que se divisaba al fondo, sin ver a nadie, cosa que le desconcertó, porque le parecía que debía de haber algún sirviente.

Al ver aquel panorama. Bolton empezó a comprender los motivos del actual dueño de la casa. Llamó a la puerta, pero nadie le contestó. Al cabo de unos momentos, decidió rodear el edificio. Entonces oyó voces. Una mujer rió cansadamente.

—Oh, déjame, déjame... Eres un sátiro, nunca tienes bastante... ¡Me vas a comer!

—¡Augh! —hizo el hombre.

Bolton asomó a la explanada posterior del edificio, en donde había una gran piscina, justo en el momento en que el hombre ponía su cara entre los desnudos senos de la mujer, tendida en una hamaca. Ella se agitaba convulsivamente, a la vez que pronunciaba obscenas palabras.

Bolton tosió discretamente. El hombre levantó un instante los ojos y luego se puso en pie de un salto.

—¿Qué hace aquí? —vociferó descompuestamente—. ¿Quién le ha dado permiso para entrar?

La mujer, joven, rubia, muy guapa, se sentó en la tumbona y agarró una toalla, con la que se cubrió los pechos.

—¡Henry! —chilló—. ¿Quién es este hombre?

—¿Señor Grawson? Soy el teniente Bolton, de la Jefatura de Policía —se presentó el joven, a la vez que enseñaba la placa que tenía en su billetera—. Deseo hacerle unas preguntas, relacionadas con la muerte de su esposa.

—¿Cómo ha entrado aquí? —preguntó Grawson hostilmente—. Hay una verja de hierro...

—Estaba abierta, señor. Llamé a la puerta de la casa, y nadie me contestó. Entonces, oí voces y di la vuelta. Siento haberles interrumpido, pero seré muy breve, se lo aseguro.

Grawson buscó tabaco para ocultar su nerviosismo.

—Está bien, ya le dije todo a otro oficial de Policía. Mi esposa se suicidó. Lo hizo delante de veinte personas. —Encendió el cigarrillo y miró retador al joven—. No irá a acusarme de asesinato, ¿verdad?

—La señora Grawson era dueña de una gran fortuna —dijo Bolton, impasible.

—Es cierto, y yo soy su heredero universal. Pero si piensa en mí, como posible instigador de ese suicidio...

Bolton alzó la mano rápidamente.

—Por favor, señor Grawson; nada más lejos de mi ánimo que formular ninguna acusación contra usted y, menos aún, una de carácter tan grave. Sólo estoy recogiendo datos que me permitan redactar un informe estadístico, sobre los suicidios que se han cometido durante el año en esta ciudad. Con la ayuda de los directamente afectados, por supuesto.

—Ella se suicidó, y aún no sé por qué —contestó Grawson malhumoradamente—. A menos que se sintiera deprimida por su irrefrenable tendencia a engordar... Era algo que no podía evitar, ni «aun con los más severos regímenes alimenticios.

—Posiblemente —sonrió el joven—. Pero, ¿por qué elegir una muerte tan... aparatosa, pudiendo recurrir a los barbitúricos?

—Oiga, ¿cree que ni yo mismo, aun siendo su esposo, era capaz de entrar totalmente en su cerebro? Sintió ese impulso y...

Bolton miró un rápido instante a la rubia. Una mujer madura, gorda y rica. Un hombre apuesto, diez años más joven. Y una espléndida rubia, de veinticinco años, ardiente y voluptuosa. Los elementos ideales para cometer un crimen, disfrazado de suicidio y que no se podría probar jamás.

Antes de acudir a casa de Grawson, había pedido que le hicieran un pequeño trabajo. Metió la mano en el bolsillo y sacó una fotografía de tamaño postal, aproximadamente.

—Señor Grawson, ¿ha visto alguna vez una estatua parecida a ésta?

El efecto fue fulminante. Grawson retrocedió como si le hubieran dado un mazazo, a la vez que se ponía lívido. Beth Coleman llegó a asustarse.

—¿No me contesta, señor Grawson?

El hombre trató de hablar:

—No... nunca... Es una estatua horrible... ¿Por qué me lo pregunta? —chilló descompuestamente.

—La han robado, señor —respondió Bolton, a la vez que guardaba la fotografía—. ¡Oh!, no le acuso a usted, ni mucho menos; pero estamos buscando toda clase de pistas, ¿comprende?

Grawson no tenía fuerzas para hablar. Bolton dirigió una cortés inclinación de cabeza a la rubia y se marchó.

—Henry —dijo ella, una vez nuevamente a solas—, ¿qué te pasa? ¿Por qué te has puesto tan pálido?

—Déjame —contestó Grawson malhumoradamente—. Tú no te preocupes, esto no tiene nada que ver con nosotros...

—¿Seguro que tu esposa se suicidó?

—¡Por todos los diablos! Veinte personas lo vieron y lo declararon así a la Policía. ¿Acaso crees que yo podría sobornar a veinte testigos, la mayoría de los cuales eran tan ricos o más que Lorna?

Beth se sintió muy impresionada por aquellas palabras. Grawson, terriblemente nervioso, volvió a encender otro cigarrillo.

—¿Por qué estaba la cancela abierta, Henry? —preguntó Beth.

—¡Y yo que sé! Esa maldita cocinera, siempre fue muy descuidada. —De pronto, Grawson arrojó el cigarrillo a un lado y echó a andar con paso rápido hacia la casa—. Quédate aquí un momento; tengo que hacer una llamada urgente.

Momentos después, estaba en su despacho. Bolton le vio, asomando los ojos apenas por encima del antepecho de la ventana. Grawson abrió una agenda y. consultando las cifras una por una, marcó un número de teléfono.

Insistió un buen rato. Luego, en vista de que nadie le contestaba, se marchó de la estancia.

Entonces, Bolton terminó de levantar el bastidor y se coló en el interior de la casa. Podía costarle un serio disgusto si se llegaba a saber; él, un encargado de hacer cumplir la ley, estaba cometiendo un acto ilegal... Pero desechó todos sus escrúpulos y se inclinó sobre la agenda de notas, que había quedado abierta.

En la letra J había varios nombres. El último, trazado con caracteres rojos, era Jones. El teléfono seguía a continuación, aunque no la dirección. Pero le bastaba con tener el número de teléfono.

Una hora más tarde, sabía cuáles eran las señas que correspondían al teléfono de Jones. Llegó poco después a la cusa y se apeó del automóvil.

Inmediatamente, se dirigió al conserje.

—Busco al señor Jones —manifestó.

El hombre le miró críticamente. Bolton le enseñó su placa.

—Dispense, señor —dijo el conserje.

—Teniente —puntualizó Bolton—. ¿Cuál es el apartamento del señor Jones?

—Ninguno, señor. Se despidió hace dos semanas.

—¿Cómo?

—Dijo que tenía que emprender un largo viaje y que no le resultaría económico estar pagando el alquiler. Eso es todo lo que puedo decirle, teniente.

Bolton entornó los ojos.

—Al menos, podrá hacerme una descripción —pidió.

—Oh, sí, claro... Bueno, yo diría que era un hombre entre los cuarenta y cinco y cincuenta años... Ya empezaba a caérsele el pelo, aunque llevaba bigote y barba, ésta en punta, con algunas canas... Ah, si, cojeaba un poco, pero apenas se le notaba. Muy cortés siempre, muy amable... Todos los inquilinos deberían ser como el señor Jones, teniente.

Bolton sonrió.

—Muchas gracias. De modo que se marchó...

—Con todo el equipaje. Yo le ayudé a cargarlo en su coche.

—¿Qué clase de equipaje, por favor?

—Oh, lo corriente; una maleta grande, un par de maletines... Ah, sí, y una gran bolsa de lona. Con ésta me dijo que tuviera cuidado, porque contenía algo muy frágil, aunque no me aclaró de qué se trataba.

«La estatua de Kanith», pensó Bolton inmediatamente.

—Sólo falta un detalle —dijo—. ¿Cómo era su coche?

—Un «Chevrolet» azul del setenta y cuatro, matrícula OWX 477, teniente.

—Agradezco su cooperación —se despidió el joven.

CAPITULO VII

La mujer era guapa, de cuerpo exuberante y abundante cabellera negra. Las facciones hubieran resultado bastas para un hombre demasiado exigente, pero no se podía negar que Cheryl Rugger, a sus treinta y ocho años, poseía un atractivo sensual muy acusado.

Ahora, sin embargo, se sentía un tanto aprensiva, temerosa incluso. La decoración, en penumbra, le imponía un respeto que se traslucía en movimientos lentos e inseguros.

—No tema, señora —dijo el hombre—. No le va a ocurrir nada, salvo que puedo anunciarle una era de inmensa felicidad... previo pago de doscientos mil dólares, por supuesto.

—¿Do... doscientos mil? ¿Tanto? —se asombró Cheryl.

—¿Cuánto pagaría usted a un asesino, si supiera que éste no le iba a denunciar más tarde, si supiera también que iba a cometer el crimen perfecto y que nadie, jamás, podría relacionarla con la muerte súbita de su esposo?

Cheryl cerró los ojos un instante. Su marido, encadenado a la silla de ruedas, cada día con humor más agrio, insoportable en todo momento, hiriente, ruin... Había llegado a compadecerle sinceramente cuando sufrió aquel terrible accidente, pero ahora le odiaba con todas las fuerzas de su alma. Le había sido absolutamente fiel, a pesar de todo, a pesar de que se sentía devorar por los inextinguibles ardores sensuales de un cuerpo todavía joven y lleno de atractivos..., pero hasta de infidelidad había llegado a acusarle su esposo. Estaba ya más que harta de soportar una situación que, inexorablemente, debía desembocar un día en un terrible estallido, que deseaba evitar a toda costa.

Volvió a enfrentarse con Jones.

—Hable claro —pidió.

—Aparte de la enfermedad, su esposo no tiene muchos más años que usted, cuarenta y tres, creo. Pero puede vivir veinte o treinta más, perfectamente.

—Sí. Sólo tiene afectadas las piernas; en rodo lo demás, la salud es magnífica.

—Tráigame cien mil dólares la semana próxima. Yo le daré algo y su esposo morirá antes de una semana.

—¿Un veneno?

Jones hizo un gesto negativo.

—Su esposo tiene un revólver en el cajón de su mesa de trabajo.

—Sí, es cieno... Siempre lo tuvo... A veces pienso que un día se puede enfurecer y disparar contra mí... Pero no se desprende de la llave un solo segundo.

Jones volvió a reír.

—A la semana siguiente de su muerte, usted me traerá los otros cien mil

dólares.

—Me parece un poco caro...

—No tiene otra elección, señora. Y no puede divorciarse, porque no obtendría un solo céntimo al solicitar usted el divorcio.

Cheryl asintió pesadamente.

—Es cierto —murmuró con voz opaca.

—Entonces, ¿hacemos el trato?

—Sí —aceptó ella sin más dilación.

* * *

El hombre examinó la cartulina que le tendía Bolton y se rascó la cabeza.

—Sí, lo recuerdo —dijo al cabo—. Un «Chevrolet» en magnificas condiciones. Lo vendí muy pronto.

—Ya me lo imagino —sonrió Bolton—. Pero, ¿recuerda al propietario?

—Ah, el señor iones, un tipo muy amable, con bigote, barbita, algo cojo... Dijo que tenía que ausentarse del país y que por eso vendía el coche.

—Entonces, ¿no le compró otro?

—Lo siento, teniente.

Bolton suspiró. Había preguntado a decenas de propietarios de negocios de compra venta de coches usados y cuando, al fin, acertaba en el blanco, se desvanecían las esperanzas concebidas.

Jones no estaba fuera del país, por supuesto. Simplemente, había eliminado todo rastro, vendiendo el coche y cambiándose de domicilio. Hasta era posible que hubiera cambiado también el nombre y la apariencia personal.

—Muchas gracias —dijo Bolton como despedida.

Sentíase un poco irresoluto. De pronto, se le ocurrió una idea.

—¿Puedo usar su teléfono? —preguntó.

—Claro, teniente.

Momentos después, Bolton se enteraba del regresó de Sybil.

—Iré a verla ahora mismo, si no tiene inconveniente —dijo.

—Ninguno, Dag —accedió la muchacha.

Bolton se asombró al verla morena, con un aspecto radiante, lleno de atractivos.

—Mi amiga tiene una casa en Malibú. Íbamos todos los días a la playa —explicó Sybil.

—Tiene usted un aspecto maravilloso —elogió él.

—Gracias. ¿Puedo ofrecerle algo de beber, aunque sea un policía?

—Ahora soy un ser humano de lo más normal —rió Bolton—. Una cerveza, por favor.

—Sí, desde luego.

Ella volvió a los pocos momentos.

—Adivino que tiene algo importante que decirme —manifestó.

—Cierto. Aunque ahora las noticias no son alentadoras.

—¿No hay rastro de mi tío?

Bolton pensó un momento en el crimen cometido por sir Philip, para apoderarse de la estatua. Sybil recibiría sin duda un fuerte golpe cuando lo supiera. Era preferible esperar un poco, decidió.

—No —repuso—. Sin embargo, sospechamos que su ayudante, Hunter, tiene algo que ver con la desaparición de sir Philip.

—¿Usted cree?

—¿Lo conoció usted?

—Sí, claro.

—¿Qué aspecto tenía?

Sybil se concentró un instante.

—Debía de tener... más de cincuenta años. El pelo era entrecano y ya se le apreciaban entradas en la frente... Ojos marrones... El rostro era un tanto chupado... No recuerdo más, Dag.

—¿Estatura?

—Un metro setenta, más o menos.

—¿Cojeaba?

—Oh, no, en absoluto. ¿Por qué lo dice?

—Tengo un sospechoso en la lista. Me han dicho que cojeaba un poco. Pensé que podría tratarse de Hunter.

—No, yo siempre le vi normal en ese aspecto.

—¿Llevaba barba y bigote?

—No. Al menos hace dos años, que es cuando le vi por última vez.

—¿Algún rasgo particular?

Sybil se puso ambas manos en la frente.

—No —contestó, después de unos segundos de reflexión—. Dag, ¿qué es lo que sospecha usted? —preguntó.

—Hunter se llevó la estatua de Kanith y la está utilizando para sus fines particulares..., que consisten en inducir al suicidio a las personas ricas. Naturalmente, siempre hay un heredero que se beneficia de la situación.

—Oh, no, es absurdo...

Bolton sonrió.

—Por experiencia sé que hay casos tan absurdos, que parece no puedan ser reales. Y, sin embargo, lo son. Pero esa misma experiencia me dice que no podremos probar nada mientras no encontremos a Hunter y a la estatua.

—Ha podido marcharse muy lejos.

—Está aquí —afirmó Bolton—. Pero no sé dónde —añadió con un suspiro de impotencia.

* * *

En los días siguientes. Bolton tuvo que intervenir en un par de casos de homicidio, que ocuparon prácticamente todo su tiempo. Aguilar no encontraba el menor rastro del desaparecido y seguía insistiendo en su tesis

del asesinato.

Hunter permanecía en ignorado paradero y tampoco se sabía más de él. Al fin, Bolton pudo encontrar un hueco en su trabajo y reanudar sus investigaciones en el caso que tanto le interesaba.

En todo aquel tiempo no había vuelto a ver a Audah. Movido por un impulso al que no pudo resistirse, encaminó sus pasos hacia el departamento de la joven africana.

Tenía varios motivos para ello: interés profesional, curiosidad por saber si Audah había averiguado algo por su cuenta..., y deseos de saber si lo que había sucedido aquella noche era sueño o realidad.

Audah abrió la puerta a los pocos segundos de la llamada. Sus grandes ojos parecían los de un felino y relucían fosforescentes en la relativa penumbra del comedor.

—Pasa —invitó lacónicamente.

—Gracias.

Ella vestía un traje largo muy parecido a los que llevaba en anteriores ocasiones, adornado con aquellos extraños dibujos en rojo, verde y negro. Estaba descalza y, sin embargo, resultaba casi un alta como el visitante, cuya estatura no era inferior a los ciento ochenta centímetros.

—¿Te sirvo algo de beber?

—Dos dedos de whisky, puro, gracias.

Hubo un momento de silencio. Audah se le acercó instantes después con el vaso en la mano. Los ojos de Bolton fueron irresistiblemente hacia los senos que tensaban la tela blanca, con los agudos vértices especialmente marcados.

—Quiero hacerte una pregunta —dijo él tras un corto intervalo.

—Sí, desde luego.

—No me gustaría enojarte... No lo tomes a mal, si no es cierto... Pero deseo salir de dudas.

Audah sonrió imperceptiblemente.

—No sabes aún lo que sucedió —dijo—. Te sientes desorientado, vacilas en creer la realidad de las cosas.

—¿Fue real?

Ella avanzó un paso y lo miró al fondo de los ojos.

—¿Por qué lo dudas?

—A veces pienso... si tomé alguna droga.

—No hubo drogas de ninguna clase, Dag.

Audah le quitó el vaso suavemente y lo dejó a un lado. Luego se acercó a él, hasta que sus senos casi se aplastaron contra el pecho del visitante.

—Sólo usé una droga —dijo.

—¿Cuál? —preguntó él.

—Adivínalo.

Aquellos ojos eran profundos, insondables. Bolton se dejó arrastrar por aquel vértigo indescriptible y se hundió en un océano de pasión, en el que se agitaban las olas bramadoras y tempestuosas, ardientes y flamígeras. Era

como hallarse en el centro de un volcán en erupción, quemándose con la lava de la fusión, pero sabiendo sobrevivir perfectamente.

Pasó mucho rato antes de que pudiera hablar. Casi se sorprendió al verse en la cama, junto a Audah. Ella, completamente desnuda, era una maravillosa estatua de ébano, viva y palpitante.

Audah sonreía.

—¿Ha sido un sueño?

Bolton apoyó la mejilla en el cálido pecho femenino.

—No —murmuró—. Pero me gustaría saber una cosa.

Ella le acarició los cabellos.

—Dime, habla sin temor.

—Tú amabas a tu esposo.

—Es cierto.

—Y ahora conmigo...

En la mano de Audah hubo un instante de crispación. Bolton lo notó perfectamente.

—Ahora sólo soy una mujer —dijo ella opacamente.

—¿Y...?

—Deseo ser feliz, por un tiempo. Tú lo has conseguido, Dag.

—Bueno, yo... Pero no entiendo. ¿Qué quieres decir?

—Mi destino ha de cumplirse inexorablemente. Un día volveré a Kanith.

Bolton se sentó bruscamente en la cama.

—No te entiendo... —dijo.

—El espíritu de la perversidad está ahora en Kanith. Ha de ser desalojado y ello sucederá cuando yo me funda con la diosa, cuando las dos seamos una sola.

—¡Audah! —gritó Bolton.

—No mires al futuro, Dag.

—Audah, te suplico...

Ella le asió por los hombros y le atrajo hacia sí.

—Húndete en el presente —dijo con voz apasionada —. No mires al futuro... al menos hoy, en estos momentos... Haz que yo me olvide del futuro, te lo ruego...

Los labios de Audah ardían. Y su cuerpo era una llama viva, en la que Bolton se abrasó sin poder evitarlo, porque deseaba quemarse en aquel fuego.

Los ojos de Audah ¿eran los de la diosa Kanith?

CAPITULO VIII

—No quiero que nadie me moleste —dijo Percy Rugger con voz irritada —. Voy a trabajar un poco y deseo estar absolutamente solo. Bueno, dile a María que me lleve una taza de café, eso es todo, Cheryl.

La señora Rugger asintió.

—Como tú quieras, Percy. ¡María! —llamó.

—Sí, señora —contestó la sirvienta casi en el acto.

—Lleve al señor una taza de café a su despacho. Procure que nadie le moleste más tarde.

—Bien, señora.

Rugger se alejó en su silla, movida por un motorcito eléctrico. Cuando ya llegaba a su despacho, se volvió un instante blandiendo el puño coléricamente.

—¡Perra! —dijo—. Sé que estuviste con Johnny Hansen.

Cheryl se sofocó.

—Pero, Percy, por favor, fue un encuentro casual... Yo salía de la peluquería...

—Y te metiste en el bar más cercano para tomar una copa con él. ¿A qué clase de acuerdo habéis llegado? ¿Cuántos días a la semana piensas acostarte con él?

—Eres injusto, Percy —se lamentó la señora Rugger—, Johnny fue siempre un buen amigo de los dos... No podía ser descortés con él.

Los ojos de Rugger centellearon.

—Empezaré a pensar en el divorcio —dijo—. Si consigo tu infidelidad, te echaré de la casa y tendrás que marcharte sólo con lo puesto. Entonces, le pedirás de comer a ese hijo de puta de Johnny, ¿lo entiendes?

Rugger giró de nuevo y se metió en el despacho. Cheryl abandonó en el acto la expresión afligida que había adoptado hasta aquel momento.

—No será Johnny Hansen solamente —se dijo a sí misma—. Habrán más, muchos más, todos los hombres que yo quiera.

María cruzaba el salón en aquel momento con la bandeja en la mano.

—¿Desea algo, señora?

—No, muchas gracias. El señor está hoy verdaderamente insoportable.

—Es preciso ser paciente, señora —sonrió la sirvienta, mientras continuaba su camino. Llegó ante la puerta del despacho, tocó con los nudillos y abrió.

En aquel instante, y durante una fracción de segundo, María vio varias cosas al mismo tiempo. Rugger estaba detrás de su mesa de despacho, ladeado un tanto hacia la izquierda, frente a una estatua muy rara de color negro, que ella no había visto nunca. María se quedó totalmente paralizada.

Rugger tenía un revólver en la mano derecha y el cañón se apoyaba en su sien. Antes de que ella pudiera decir nada, sonó el estampido. Parte del cráneo

de Rugger voló sangrientamente por los aires. El cuerpo sufrió una horrible sacudida y luego cayó a un lado de la silla de ruedas.

María chilló.

La bandeja se desprendió de sus manos con gran estrépito. En la casa sonaron gritos de terror.

Acudió la señora Rugger y también la cocinera. Los chillidos se repitieron.

María salió del despacho a trompicones, lanzando sonidos inarticulados. Chispas rojas bailaban en su cerebro una frenética danza como si dentro de su cabeza se hubiese producido una tempestad y los relámpagos se sucediesen ininterrumpidamente. Gritando como una posesa cayó al sucio.

La cocinera se precipitó en su ayuda. Cheryl entró en el despacho y vio a su esposo, con la cabeza deshecha, caído de lado en la silla.

Evitó mirarle. Dio un rodeo y precipitadamente tapó los ojos de la estatua con un pañuelo. Luego volvió a gritar y no eran del todo fingidos sus chillidos de pánico.

Sin embargo, se esforzó por dominarse un poco y consiguió esconder la estatua en un panel de la biblioteca. Luego corrió al teléfono. Iba a pedir una ambulancia, aunque sabía que su esposo sólo necesitaba ya los servicios de un sepulturero.

* * *

Iba abstraído, leyendo el periódico por la calle, y no se dio cuenta de que alguien venía en sentido contrario, hasta que le aplastaron el diario contra la cara.

—¡A ver si mira por dónde va, hombre!

—Usted dispense, señora —se disculpó Bolton. Dio dos pasos más, y de pronto se volvió—. ¡Sybil!

La chica se había parado y le miraba sonriendo.

—Distraidillo, ¿eh?

—Perdón, estaba leyendo el periódico.

—Ya lo veo. Debe ser muy interesante, supongo.

—Supone bien, Sybil. Un nuevo suicidio.

Ella dejó de sonreír en el acto.

—¿En qué piensa, Dag?

—Vamos a tomar una taza de café. Mientras, podrá leer la noticia usted misma.

Sybil accedió en el acto. Minutos después, devolvía el periódico a su dueño.

—¿Qué opina de todo esto, Dag?

—¿Debemos creer en las cosas fantásticas que nos resultan incomprensibles?

—A eso se le llama fe —dijo Sybil.

—Lo sé.

—Pero el periódico no menciona nada sobre una posible sugestión hipnótica. Rugger estaba inválido. Se quedó así a consecuencia de un grave accidente. No tenía posibilidades de recuperación. Muchísima gente se acomoda a una situación semejante y vive feliz, relativamente, el resto de sus días. Otros, en cambio, encuentran insoportable la existencia.

Rugger era muy rico y tenía una esposa algo madura, pero guapa todavía.

—Si sospecha de ella, ¿por qué no va a visitarla?

—Pienso hacerlo, aunque no ahora —declaró Bolton.

—¿Por qué?

—Los médicos le han prohibido toda clase de visitas. Atendió brevemente al sargento encargado de la investigación y luego la internaron en un hospital, hasta que se recupere del choque sufrido al suicidarse su esposo. Además, aunque pudiera hablar con ella ahora, tampoco lo haría. Prefiero esperar a que se haya recuperado por completo.

—Creo que entiendo. Lo mismo hizo con Grawson, ¿no es así?

—En efecto.

—No me ha dicho que declaró el sujeto...

—Nada que no sepamos ya, pero creí que se desmayaba cuando le enseñé una fotografía de la diosa Kanith.

Sybil adelantó el busto.

—¿Lo dice en serio?

—Aún hay más. Después de que yo le dejé, estuvo tratando de comunicarse con un tal Jones. Sospecho que se trata de Hunter.

—¡El ayudante de mi tío! —exclamó ella, sorprendida.

—Sí. Tengo la plena convicción Je que la estatua de Kanith está en su poder y que la utiliza para sus propios fines.

—Como inducir al suicidio...

—Un asesinato, cometido por uno mismo o bien mediante un encargo a un profesional, puede dejar rastros comprometedores que, a la larga, se vuelven contra el beneficiario del crimen. En cambio, ¿qué se puede hacer contra el esposo o la esposa de un suicida? O contra Empson, por ejemplo.

—Nada, evidentemente —reconoció Sybil—. Son suicidios que se han realizado ante testigos.

—María, la doncella de los Rugger, entraba en el despacho justo cuando él tenía apoyado el revólver en la sien. Es un testigo contra cuya declaración no se puede hacer nada.

—Si sus hipótesis son ciertas, se trata de una serie de crímenes ejecutados con el máximo de refinamiento.

—Eso es lo que yo pienso. Y aunque un día encontremos a Hunter y a la estatua, ¿cómo probar, de un modo racional, algo que entra en el reino de lo fantástico?

Sybil guardó silencio durante unos segundos, tenía la cabeza inclinada, pero, de pronto, volvió a erguirse.

—Dag, ¿cómo podríamos saber a ciencia cierta lo que le pasó a mi tío?

¿Está de viaje a algún país desconocido? ¿Fue asesinado?

Bolton meditó un instante.

—Creo que hay una posibilidad —dijo al cabo.

—¿Cómo? —preguntó la muchacha.

—Tengo que visitar a una persona. Si consigo hablar con ella, ¿le parece bien que nos encontremos a la hora de la cena, en el sitio de costumbre?

—De acuerdo —contestó Sybil en el acto.

* * *

La sonrisa de Audah era cálida, acogedora. Puso las manos sobre los hombros de su visitante y le ofreció los labios. —Querido...

De pronto, ella diose cuenta de que Bolton parecía serio.

—¿Sucede algo? —preguntó.

Bolton pasó un brazo por la esbelta cintura de la africana.

—Quiero pedirte un favor. No sé si podrás hacerlo... pero deseo que lo intentes.

—¿De qué se trata?

—Sir Philip desapareció hace casi seis meses. ¿Hay algún medio de saber si está fuera del país... o fue asesinado?

Audah detuvo sus pasos y volvió la cabeza para mirarle a los ojos.

—Tú crees que yo tengo poderes de vidente —elijo.

—Si —contestó él.

—Entonces, piensas que soy algo más que una mujer de carne y hueso —sonrió Audah.

—Quiero que me ayudes —rogó Bolton.

—Está bien. Lo intentaré..., aunque no garantizo los resultados.

—Haz lo que puedas, por favor.

Audah movió una mano.

—Siéntate, por favor.

Bolton se acercó al diván y encendió un cigarrillo» mientras ella se dirigía a las habitaciones interiores. El joven preguntó si daría resultado la idea. No le había dicho nada a su jefe; aunque sabía que Robertson creía parcialmente en la intervención de fuerzas sobrenaturales, aquello, en su opinión, habría sido demasiado.

De pronto, apareció Audah. Bolton se irguió estupefacto.

Rila estaba completamente desnuda, con un collar que parecía hecho de colmillos de felino en torno a su esbelta garganta. Alrededor de la cintura llevaba un cinturón de conchas pintadas de varios colores y un aro de oro puro, extrañamente labrado, ceñía su cabeza.

Pero lo más asombroso de todo era el braserito de metal brillante, en el que ardían algunos carbones. Audah lo dejó en el centro de la estancia.

—No te muevas, no digas nada, pase lo que pase —indicó—. Debo concentrarme de una forma absoluta.

Bolton asintió. Entonces. Audah arrojó unos polvos sobre las brasas. Un espeso humo de color rojo vivo y olor dulzón, nada desagradable, brotó en el acto del brasero.

Entonces, Audah se arrodilló, sentándose a continuación sobre sus talones. Elevó los brazos a lo alto y murmuró algunas palabras completamente ininteligibles para Bolton. De pronto, se curvó hacia adelante, hasta casi hundir la cabeza entre las rodillas. Una extraña melopea, de bajo volumen sonoro, brotó de sus labios.

Luego, de súbito, se puso en pie de un sallo e inició una extraña danza, con los ojos cerrados, retorciéndose como una serpiente dotada de brazos y piernas que también se retorcían. A los pocos segundos, su piel adquirió el brillo propio de la transpiración. Arroyos de sudor empezaron a correr por sus sienes.

Audah aumentó el ritmo de los movimientos. Con gradual lentitud, aceleró y aceleró, hasta convertirse en algo que apenas si era visible. Bolton se sentía estupefacto; no comprendía cómo un ser humano podía moverse con tanta rapidez.

La danza se transformó en un movimiento de giro, que se producía a una velocidad indescriptible. De no haberlo estado viendo con sus propios ojos, Bolton no lo habría creído jamás.

Y, de pronto, con tanta rapidez como se había iniciado, Audah cesó en la danza y cayó al suelo, cuan larga era, los ojos cerrados, sumida en una total inconsciencia.

Bolton se alarmó corriendo hacia ella. Aunque estaba empapada de sudor, no se le apreciaban los movimientos propios de la respiración.

—¡Audah! —gritó.

Los dientes de la africana crujieron perceptiblemente. Una de sus piernas se agitó, con fuertes espasmos. Sus manos se abrieron y cerraron con extrañas convulsiones. Bolton puso una mano en su pecho. El corazón latía a un ritmo muy vivo, reconoció, aliviado.

Audah abrió la boca y dijo:

—El muro... sur...

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—El muro sur... —repitió ella—. Hay un escudo y dos azagayas. Allí está.

CAPITULO IX

Bolton comprendió que debía hacer algo y corrió hacia el dormitorio, del que volvió con una manta en las manos. Audah pareció agradecer el gesto, aunque continuaba tendida sobre la alfombra.

Aún seguía con los ojos cerrados, pero su respiración era ya perceptible y se regularizaba a ojos vistas. Bolton, arrodillado a su lado, la contemplaba con ansiedad.

Pasó un buen cuarto de hora antes de que Audah abriera los ojos. Entonces se sentó en el suelo.

—Dispénsame, Dag —murmuró.

—Estás indispuesta. ¿Quieres que te lleve a la cama?

—No, se me pasará en seguida... —Ella le acarició la cara—. Eres un hombre maravilloso...

La joven se puso en pie, dejando la manta a un lado. Sonrió, mientras apoyaba las manos en los hombros de Bolton.

—Tengo una misión que cumplir —dijo suavemente—. De lo contrario... —su pecho se distendió para lanzar un profundo suspiro—. Creo que no encontraría a nadie como tú en este mundo.

—Como se suele decir, me miras con buenos ojos. ¿Necesitas algo? ¿Puedo ayudarte?

Ella le miró intensamente.

—¿Qué es lo que he dicho? —preguntó—. Sé que he pronunciado unas palabras, pero no me encontraba en estado de plena consciencia. Ahora no puedo recordarlo, ¿comprendes?

—Has hablado del muro sur y un escudo con dos azagayas que hay en él, pero no has dicho dónde está ese muro.

—Es todo lo que he podido averiguar con los ojos de la mente, querido. He estado sometida a un esfuerzo terrible.

—Podría haberte resultado fatal.

—Lo hice por ti —sonrió Audah. De pronto lo abrazó estrechamente—. Dag, no estaré mucho... aquí.

—¿A qué te refieres? —preguntó él.

—No hables, no hables...

Bolton comprendió lo que ella quería decirle. Buscó su boca y Audah le devolvió el beso con el frenesí de la desesperación. El pudo darse cuenta de que la joven quería agotar hasta el máximo las pocas gotas de felicidad de que podía disfrutar en este mundo.

* * *

Sybil no estaba en casa aquella mañana y Bolton se sintió un tanto desorientado, porque se había forjado un plan y ahora no sabía qué hacer.

Pero, de repente, concibió una idea.

Media hora más tarde, llamaba a la puerta de una mansión. Una mujer joven, de unos treinta años, ataviada con un traje negro y cofia, apareció ante su vista a los pocos momentos.

—¿Señor?

El joven enseñó su placa.

—Soy el teniente Bolton, del Departamento de Policía —se presentó—. Deseo hablar con la sirvienta que presenció el suicidio del señor Rugger.

—Soy yo, señor. Me llamo María Roldán. Pero pase, por favor; la señora está todavía en el hospital, aunque creo que vendrá muy pronto, quizá hoy mismo.

—Gracias.

—¿Desea que le sirva algo de beber, señor?

Bolton hizo un gesto negativo.

—Se lo agradezco, señorita...

—Llámeme María, por favor.

—Está bien, María, sé que no puede resultarle agradable, pero... haga un esfuerzo. Me imagino que ya le han preguntado otros colegas míos y que usted ha contestado a muchas preguntas. Sin embargo, le ruego tenga un poco de paciencia.

—No se preocupe —sonrió la doncella—. Ya se me empieza a pasar..., aunque puede figurarse que fue un trago muy amargo ver al señor en el momento justo de pegarse un tiro.

—Tuvo que ser horrible, en efecto —convino Bolton—. En su opinión, ¿por qué se suicidó?

—El señor estaba amargado a causa del accidente... Además, se le había metido en la cabeza de que la señora le era infiel... A mí me parece que no, pero aunque así hubiera sido, la señora tiene derecho a ser feliz, ¿no cree, teniente?

Bolton sonrió.

—Por supuesto. Siga, María.

—Realmente, el señor se había vuelto insoportable. Momentos antes de matarse, insultó atrozmente a la señora y le dijo cosas espantosas. Entonces fue cuando yo le llevé el café y, al abrir la puerta, le vi con la pistola en la sien. Inmediatamente disparó y...

La doncella se estremeció un instante. Bolton sacó cigarrillos y le ofreció uno.

—Oh, aquí no —rechazó ella.

—Vamos, la señora no está —dijo Bolton—. Esta es una conversación informal, María.

Bolton ofreció la llama de su encendedor. María aspiró el humo profundamente.

—No sé qué más puedo decirle —añadió—. Todo el mundo oyó el disparo. Yo chillé, se me cayó la bandeja, ya estaba dentro del despacho... y

salí tropezando. Creo que me caí...

—¿Vio algo extraño?

María pareció concentrarse en sí misma durante unos segundos.

—La verdad, no se lo he dicho a los oíros policías, porque temía que pensaran que estaba loca o algo por el estilo... Vi... algo que no sé si podré explicar... Era como cuando a uno le pegan un porrazo en la cabeza y ve las estrellas... Pero a mí no me golpeó nadie y las estrellas que vi eran rojas, como llamas. Además, sentí un extraño vértigo; todo daba vueltas a mi alrededor... A veces he pensado que alguien quería causarme mucho daño...

—¿Alguien? ¿Quién, María?

—No lo sé. Yo sólo vi al señor Rugger...

—¿Estaba solo en su despacho?

María cerró los ojos un instante.

—Había algo más... Sí, aquella estatua de color negro... Nunca la había visto hasta entonces... y luego, cuando limpiamos el despacho, una vez nos autorizó la policía, tampoco la vi...

Bolton se excitó al oír aquellas palabras.

—Marta, ¿quieres enseñarme el lugar en donde estaba la estatua? —solicitó.

—Sí, señor, con mucho gusto.

La doncella echó a andar hacia el despacho, cuya puerta abrió momentos después. Su mano derecha señaló un hueco en la estantería situada a la izquierda de la mesa, según la posición del dueño de la casa.

—Allí —dijo—. El señor Rugger tenía la vista fija en ese punto, pero todo ocurrió con tanta rapidez... Vi la estatua y le vi a él, con el revólver en la sien... Luego sentí aquellos extrañas vértigos.

—¿Los ojos de la estatua eran de color rojo, María?

—¡Sí! —Exclamó la sirvienta—. ¡Eso es, ahora lo recuerdo; unos enormes ojos rojos!

—¿Sabes cuándo desapareció la estatua, María?

—No, pero tuvo que ser muy pronto. La cocinera no la vio, estoy segura de ello, y entró en el despacho al poco rato, con los primeros policías que acudieron. Yo estaba deshecha y no digamos la señora...

—La señora sí entró en el despacho después de oír el disparo.

—Creo que sí, aunque no podría asegurarlo.

Bolton hizo un gesto comprensivo.

—Le agradezco muy sinceramente sus palabras —dijo.

En aquellos momentos tenía la convicción plena de que la estatua de Kanith se hallaba en la casa, Pero, aparte de que no disponía de una orden judicial para practicar el registro, sabría que habría resultado imposible conseguir tal orden. El juez no habría permitido una petición semejante, basada en hechos sobrenaturales.

Sin embargo, había una solución. Cheryl Rugger tenía que regresar del hospital.

—María, una última petición —rogó.

—Sí, señor.

—No le diga a la señora que he estado en casa, no le mencione la estatua para nada.

—Como usted ordene, señor.

—Otra vez, gracias, María —se despidió el joven.

Desde una cabina telefónica, llamó a su jefe.

—Quiero pedirle un favor —dijo.

—¿De qué se trata, Dag?

—Necesito un hombre que vigile día y noche la residencia Rugger. La viuda está a punto de salir del hospital y volverá a su casa. Tendrá que salir y entonces ese hombre deberá seguirla discretamente a todas partes adonde vaya, ¿entendido?

—¿Que sospecha, Dag?

—Se lo diré luego con más detalle, jefe —eludió Bolton una respuesta concreta.

Colgó el teléfono y decidió volver a casa de Sybil. Esta vez sí encontró a la muchacha.

* * *

—Había salido a comprarme un secador de pelo —sonrió Sybil—. Precisamente ahora iba a lavarme la cabeza...

—Pensé que lo haría en la peluquería —dijo él.

—No, hay cosas que me gusta hacerme yo misma. Me arreglo el pelo mejor, salvo cuando tienen que cortármelo, claro.

Bolton miró un instante a la muchacha. Los cabellos de Sybil, de un color rubio sedoso, muy brillante, estaban cortados en melena de paje, lo que le confería un aspecto juvenil, lleno de gracia y encanto.

—Es un pelo muy bonito, en efecto —sonrió.

—Gracias. ¿Quiere tomar un poco de café?

—Desde luego.

Sybil se encaminó hacia la cocina. Bolton la examinó con mirada comparativa. Realmente hermosa y totalmente distinta a Audah. Eran dos mujeres a las que, forzosamente, debería olvidar. Ambas se marcharían del país: una a África y la otra a Inglaterra...

Ella volvió poco después, con la bandeja en las manos.

—¿Ha averiguado algo, Dag? —preguntó al servirle el café.

Los ojos del joven estaban fijos en el plano superior del apartamento. Trató de orientarse y buscar el sur. Sí, allí estaba el escudo con las dos azagayas cruzadas.

Tomó unos sorbos de café en silencio y luego subió a la escalera que conducía al plano superior. Ella le contemplaba intrigada.

—¿Qué sucede? —inquirió.

—Espere, por favor.

Dag llegó junto a la pared. El empapelado rojo y marfil era relativamente nuevo.

—Sybil —llamó.

La muchacha acudió inmediatamente.

—Dígame, Dag.

—Supongamos que usted es la dueña de la casa y que le gusta este tipo de decoración, con objetos exóticos.

—No está mal, aunque me parece encontrarme en un museo. Vivir aquí permanentemente, con tantas cosas, acabaría por alterar mis nervios.

—Me lo imagino —sonrió él—. Pero, supongamos que le gusta y que no desea tocar nada de lo que hay aquí. Supongamos también que esta pared necesita... un retoque. ¿La empapelaría usted?

—Oh, no, en absoluto —contestó Sybil inmediatamente—. Ese papel desentona de un modo horrible. Aquí, lo que mejor resultaría sería una pared completamente blanca, acaso un poco granulada..., pero los dibujos del papel no encajan en absoluto, ya que enmascaran un poco los objetos de arte africanos. Con la pared blanca, ese escudo pintado y las azagayas destacarían más y su efecto resultaría mucho más agradable a la vista.

Bolton asintió.

—Es lo que yo pensaba —concordó.

Y golpeó fuertemente con el puño, como si llamara a una puerta.

Aunque no demasiado acentuado, era un sonido inequívocamente a hueco.

Bolton volvió la vista. Sybil había perdido por completo el color de la cara.

—E... está ahí... —dijo ella con voz temblorosa.

—Creo que si —contestó Bolton.

Vio que Sybil flaqueaba y se apresuró a sostenerla por la cintura, llevándosela al plano inferior. Buscó una botella y le sirvió dos dedos de coñac, que sorbió ávidamente.

—Dios mío... Me parece imposible...

—Sybil, va a tener que marcharse lejos de aquí y estar fuera un par de días —dijo Bolton—. No se preocupe; la llevaré a casa de mis padres, en donde se sentirá como si fuera la suya propia. Yo no vivo con ellos por culpa de la profesión; a veces tengo que salir a deshora y no me gusta molestarles; pero la acogerán con todo cariño, créame.

—Van a derribar el tabique —adivinó Sybil, estremecida de horror.

—Si —confirmó Bolton sombríamente.

—Pero..., ¿cómo ha sabido que él «está» ahí?

Bolton pensó de inmediato en la danza de Audah, en el braserillo, en los polvos que había quemado y que olían de aquel modo tan extraño...

—Algún día se lo contaré —respondió—. ¿Quiere que le ayude a hacer la maleta?

Sybil se puso en pie.

—No, puedo hacerlo yo misma. —Dio un paso, pero se revolvió en el acto

hacia el joven—. Dag, ¿por qué? —preguntó afligidamente.

Bolton meneó la cabeza.

—Sólo hay una respuesta: por dinero —dijo.

CAPITULO X

Todos los presentes llevaban puestas sendas máscaras antisépticas. Un agente pulverizaba de continuo nubes de desinfectante, cuyo olor no lograba disipar del todo el hedor de la muerte. Robertson estaba presente en la operación.

—Nunca pude imaginarme...

El forense estaba inclinado sobre el cuerpo ya tendido en una camilla.

—A simple vista, se puede afirmar que la causa de la muerte fue debida a un instrumento punzante —declaró—. Un puñal, un estilete... Pero lo sabremos con exactitud cuando haya realizado la autopsia.

—Envíeme el informe cuanto antes, doctor —pidió Robertson.

—Descuide.

El forense hizo un gesto y los sanitarios cubrieron aquellos horribles restos. Bolton contempló un momento el hueco que durante más de cuatro meses había servido de sepultura a sir Philip Lawlison.

La posesión de la estatua le había llevado a la muerte, pensó. Alguien había ejecutado en él la justicia debida por el asesinato del esposo de Audah, pensó.

El asesino no había contado con los poderes de clarividencia de Audah. Si creía en la magia de Kanith, debió haber evaluado correctamente todas las posibilidades. Ese fallo, se dijo, debería conducirle a su perdición.

Los sanitarios y el forense se habían marchado ya. Los expertos buscaban huellas. Bolton hizo un gesto al comisionado.

Los dos hombres sostuvieron un breve aparte.

—Usted tiene algo que decirme —murmuró Robertson.

—Sí, señor. Quiero que no se dé la noticia del hallazgo de los restos de sir Philip, que no se publique una sola línea en los periódicos. Creo que usted puede conseguirlo. No es la primera vez que hace una cosa así, no parece.

Robertson asintió.

—¿Cuáles son sus planes?

—La señora Rugger tiene que entrevistarse inevitablemente con el asesino.

—¿Cómo? ¿Sospecha que ella tiene algo que ver con ese crimen? —se asombró Robertson.

—No, señor, aunque el suicidio de su esposo y el asesinato de sir Philip están relacionados entre sí. Pero sé que tiene que ver al asesino.

—¿Por qué?

Bolton vaciló un instante. Luego dijo:

—Para «agradecerle» el suicidio de su esposo, señor.

—No acabo de entender...

—Ahora no podría explicárselo satisfactoriamente. ¿Quiere darme algunos días más de tiempo, señor?

—¿Cuántos, Dag?

—Hoy o mañana, saldrá la señora Rugger del hospital. No pasará una semana sin que vaya a entrevistarse con el asesino.

—Está bien. Pero sólo una semana.

—Será suficiente, señor —aseguró Bolton.

* * *

Audah le dirigió una larga mirada al verle en la puerta. Luego se apartó a un lado.

—¿Quieres beber algo? —preguntó con naturalidad.

—Sí, gracias, Audah. Memos encontrado a sir Philip.

La botella tintineó levemente al chocar contra el borde del vaso.

—¿Dónde? —inquirió al volver junto a él.

—En el muro sur, detrás del escudo y las dos azagayas.

Tomó un sorbo de whisky. La respiración de Audah era larga, rítmica. Sus senos se alzaban y descendían a intervalos regulares.

—La muerte de mi esposo está vengada.

—Sí.

—Pero aún no he completado la misión que me trajo a tu país.

—Debes recuperar la estatua —adivinó él.

Audah vaciló ligeramente.

—Sin embargo, no seré yo quien la lleve a Kassaiea —manifestó sorprendentemente.

—¿Cómo ? —se extrañó Bolton.

Una triste sonrisa apareció en los labios de Audah.

—Lo sabrás en su momento —respondió.

—¿No puedes decirme ahora...?

—Por favor, no insistas...

Bolton dejó el vaso a un lado y puso las manos en los costados de la joven.

—Audah, nos hemos amado, pero presiento que nunca seremos el uno para el otro. Sin embargo, nunca te olvidaré; siempre estarás en mi mente, siempre, mientras viva...

—Es maravilloso oírte hablar así —dijo ella, sonriendo dulcemente—. Haces mi tarca mucho más llevadera, créeme.

De pronto, se separó de él y corrió al interior del apartamento, para volver a los pocos momentos con un objeto en la mano.

Era un pesado medallón de oro, de unos seis o siete centímetros de diámetro, por casi uno de grueso, en donde se veía un rostro en relieve, como si fuese el grabado de una moneda. Los ojos de aquella cara eran dos diminutos rubíes. Una cadena del mismo metal permitía llevar el medallón colgado del cuello.

—Consérvalo como recuerdo —pidió.

—Lo guardare siempre —prometió él.

—Pero si lo deseas, puedes regalárselo a una mujer y ella te amará, Dag.

—¡Audah!

—Sí —confirmó ella—. No le lo reprocharé; tú debes vivir y yo...

Bolton observó que la joven estaba terriblemente agitada. Dejó el medallón a un lado y la atrajo hacia sí.

—Te sucede algo. ¿Por qué no me lo cuentas?

—Ya lo verás —respondió Audah, con el rostro oculto en el hombro del joven—. Aún no ha llegado el momento, todavía no es la hora...

Bolton dejó pasar un rato, a fin de conseguir que la joven se tranquilizara. Luego dijo:

—Audah, tú supiste encontrar el cadáver de sir Philip. ¿Por qué no eres capaz de encontrar la estatua de la diosa?

—Tiene los ojos vendados y no puedo verla —contestó ella sorprendentemente.

* * *

—¿Se encuentra mejor? —preguntó Bolton.

Sybil asintió. Estaban sentados en el porche de la casa donde residían los padres del joven. Un perro lobo dormitaba a la sombra.

—De todos modos, me costará mucho olvidar esto —dijo Sybil.

—Lo conseguirá —aseguró él—. Pronto se volverá a Inglaterra, supongo.

—He enviado un telegrama a mi madre, comunicándole la triste noticia. Espero su respuesta. Le he solicitado plenos poderes y documentos para poder proceder a la liquidación de los bienes de su hermano. Eso me retendrá todavía algún tiempo en Estados Unidos.

—Tengo un amigo que es un excelente abogado. Le diré que le ayude.

—Gracias, Dag. Pero no he leído en los periódicos la menor noticia sobre la muerte de mi tío.

—No hemos dicho nada. Si lo supiera el asesino, podría creerse en peligro y trataría de escapar.

—Quieren arrestarle por sorpresa.

—En efecto, eso es lo que pretendemos.

—Pero si no saben dónde está...

—Alguien nos llevará hasta él...

Sybil le miró penetrantemente.

—¿Algún cómplice, tal vez?

—En cierto modo —contestó él—. Legítimamente, no se le puede definir con esta palabra, pero en realidad lo es. Incluso más, yo le llamaría asesino, a pesar de que no tocó a su víctima siquiera.

—Lo hizo Kanith.

Bolton asintió en silencio.

—¿Hemos de creer en sucesos sobrenaturales? —murmuró la joven hondamente impresionada.

Con las yemas de los dedos, Bolton rozó la pechera de su camisa. El

medallón que le había regalado Audah se apoyaba en su carne. Era curioso; al ponérselo, no había percibido la menor sensación de frialdad. El oro le había parecido cosa viva, cálida... y seguía sintiendo un leve calorcillo sobre su piel, aunque no resultaba molesto en absoluto.

—Tengo que marcharme —se despidió bruscamente. ¿Regalaría el medallón algún día a

Sybil?, se preguntó.

—¿Cuándo volveré a verle, Dag?

—No lo sé. —Bolton sonrió—. Me parece que no está mal aquí.

—Tiene usted unos padres realmente encantadores —elogió la muchacha —. Se han desvivido por mí... No sé cómo agradecerles...

—Lo hacen con mucho gusto —respondió él.

Miró su reloj.

—Me gustaría volver a la hora de la cena, pero no sé si me será posible. Lo Internaré, de iodos modos.

—Procure acudir —rogó Sybil afectuosamente.

* * *

Había salido a hacer algunas compras y caminaba por la calle, relativamente indecisa. Los obreros habían restaurado ya la pared de la casa de su tío, pero aún no quería volver a ella. Todavía sentía ciertas aprensiones que le impedían regresar a un sitio que, si nunca le había agradado demasiado, ahora le parecía absolutamente repulsivo.

De pronto vio a un hombre que salía de una tienda cercana, con un pequeño maletín en la mano. Sybil creyó que se le paralizaba el corazón.

Durante un segundo, permaneció inmóvil como una estatua. Luego, reaccionando, abrió su bolso y se puso unas gafas de color.

El hombre echó a andar con paso tranquilo. Sybil le siguió a prudente distancia. Aunque hacía más de dos años que no le había visto, aquel individuo tenía unas facciones difíciles de olvidar.

Sybil pensó en buscar una cabina telefónica, pero se dijo que emplearía demasiado tiempo y perdería de vista al sujeto. Por tanto, decidió seguirle, tratando de actuar en todo momento con naturalidad y sintiéndose extrañamente segura detrás de las gafas oscuras.

Aquel hombre, Theodora Hunter, había asesinado a su lio, emparedándolo después en el hueco del muro que, en tiempos, había sido una especie de hornacina. Y luego se habla apoderado de la estatua.

Diez minutos más tarde, Hunter entró en un edificio de apartamentos. Sybil vaciló un momento, pero acabó por entrar también. El edificio tenía más de veinte plantas, con ocho o diez apartamentos cada una. Era preciso conocer la dirección exacta del asesino.

Al cruzar el vestíbulo vio un ascensor que arrancaba ya hacia los pisos superiores. Sin pensarlo dos veces corrió hacia el otro y pulsó el botón de

abertura. Las puertas se deslizaron silenciosamente a ambos lados. Entró de un sallo y, atando apretaba el botón de arranque, vio a Hunter a su lado.

Aterrada, Sybil intentó retroceder, pero ya era tarde. Las puertas se habían cerrado y el ascensor iniciaba su movimiento de subida. La mano de Hunter se cerró como una garra en el hombro de la muchacha.

—Tengo una pistola en el bolsillo —dijo el asesino—. Procure entender lo que esto significa, señorita Hackeray.

Sybil asintió en silencio. Hunter sonrió.

—Si quería saber mi dirección, estoy dispuesto a complacerla —añadió con un acento que puso hielo en la piel de la muchacha.

* * *

Sin mirarla apenas, Cheryl Rugger puso la estatua en una bolsa de lona, cuyo cierre de cremallera echó en el acto. Levantó la bolsa por las asas; aunque era bastante pesada, podía soportarlo hasta llegar al coche.

La estatua descansaba sobre un colchón hecho de billetes de Banco. Con paso firme saltó del despacho.

La doncella apareció en el vestíbulo.

—Voy a salir, María —dijo—. No sé cuándo regresaré; no se preocupe por la cena.

—Bien, señora.

María se acercó poco después a la ventana. Cheryl estaba colocando la bolsa en el asiento contiguo al conductor. La bolsa se volcó un instante, pero ella volvió a arreglarla.

En el interior de la bolsa, el pañuelo que cubría los ojos de la estatua, anudado flojamente, se desprendió de su primitiva posición. Cheryl no pudo verlo, lógicamente.

El coche arranco a los pocos segundos. Fuera, al otro lado de la calle, había un coche parado, de color gris-azul. El conductor vio a la señora Rugger y descolgó el radioteléfono.

—Habla Catorce-Dos. Catorce-Dos llama a Central. Urgente, urgente...

—Central a Catorce-Dos. Le escucho. Adelante.

—Ella ha salido de su casa. Viaja en dirección Sudoeste. Me propongo seguirla. Informen al teniente Bolton. Manténganse a la escucha. Eso es todo por ahora.

—Central a Catorce-Dos. Enterados.

El coche azul-gris se situó a prudente distancia del rojo que conducía Cheryl. Un minuto después, sonó la señal de llamada.

—Catorce-Dos a la escucha. Adelante.

—Soy Bolton. ¿Sigue ella en la misma dirección?

—Sí, señor.

—Continúe tras sus huellas. Creo que podré relevarle en el cruce de Alameda con la Décima. Si cambia de rumbo, avise inmediatamente.

—Enterado.

Bolton estaba ya en su coche y se dispuso a salir al encuentro de su subordinado, para relevarle en la persecución y conocer así el escondite del asesino de sir Philip.

Asesino, además, de tres personas. Porque aunque él no las hubiera tocado siquiera, era tan culpable como si hubiera empleado las armas mortíferas que habían acabado con aquellas tres existencias.

CAPITULO XI

Hunter se apoderó del bolso de la muchacha y, tras registrarlo rápidamente, lo arrojó a un rincón.

—¿Piensa asesinarme también? —preguntó Sybil, extrañamente tranquila.

Hunter se frotó fuertemente la mandíbula.

—Aún no lie tomado una determinación —contestó—. Maldita entrometida, ¿por qué ha tenido que seguirme?

—Porque es usted un asesino. Mató a mi tío...

—¿Y qué cree que era sir Philip? —dijo Hunter, riendo agriamente—. ¿Acaso un filántropo? ¿Cómo cree que obtuvo muchas de las cosas que tiene en su casa?

—Las compró o se las regalaron...

—Algunas no digo que no. Otras costaron vidas humanas...

—¡No! —gritó ella—. El no hizo nada semejante...

—Temo que no conocía bien a su tío, señorita Hackeray. Le guste o no, era el sujeto más desaprensivo que uno puede imaginarse. Y cuando se encaprichaba de algo, lo conseguía, créame..., aunque tuviese que matar a su dueño.

—Está tratando de disculpar su propio crimen —exclamó Sybil, furiosamente.

—¿Qué sabe usted? —dijo Hunter despectivo—. Admito que lo maté; estaba cansado de trabajar para él, sin más que un salario de hambre...

—Y se llevó la estatua de Kanith...

Hunter entornó los ojos.

—Está enterada de muchas cosas —murmuró.

—Era mi obligación, ¿no le parece?

Hunter calló un instante. Luego dijo:

—Espere un momento.

Hunter ve marchó. Sybil no intentó siquiera ir hacía la puerta que sabía cerrada con doble vuelta de llave y está en poder de su secuestrador. Pero allí había un teléfono…

Cuando se disponía a levantarlo, dos manos la agarraron por los brazos y se los echaron a la espalda. Momentos después tenía atadas las muñecas.

—No quiero que llame a la policía —dijo Hunter torvamente.

—Le acusarán de la muerte de sir Philip —afirmó ella.

—No lo encontrarán nunca. Nadie podrá probar que yo lo maté.

De pronto, Sybil recordó que los periódicos no habían publicado la información sobre la muerte de su tío. Era preciso callar, se dijo: Convenía que Hunter siguiera ignorante del estado de cosas.

—Es usted un hombre afortunado, entonces —dijo irónicamente.

—Más de lo que piensa.

Hunter se situó frente a ella.

—Una vez, su tío trajo un buen puñado de diamantes en bruto y consiguió una pequeña fortuna. Sólo me dio dos mil dólares como «extra», por haberle ayudado en aquella sucia tarea, que le permitió conseguir las piedras. Entonces fue cuando decidí que mi paciencia había llegado ya al límite.

—Y simuló despedirse...

—Sí. Le amenacé con denunciarlo y él me pagó un cheque de cinco mil... ¡Una miseria, señorita! Pero yo ya había tomado mi decisión.

—Y lo asesinó. Luego salió de la casa, haciéndose pasar por él.

—Teníamos un cierto parecido. No me costó mucho «completarlo» —rió Hunter.

—Cuando se marchó, Kanith iba con usted. ¿Conocía la leyenda?

—Por supuesto. Y es cierto. Lo he comprobado en tres ocasiones.

—La diosa concede todos los deseos que le pidan.

—Todos los deseos —recalcó Hunter.

—Pero usted no los prestaba gratuitamente.

—Mujer, hay cosas que no se pueden hacer gratis. Imagínese, un tipo que quiere quedarse viudo de su esposa, fea, gorda y rica...

—Como, por ejemplo, Lorna Grawson. Y, aunque Nephertys era muy hermosa, también murió. Y lo mismo pasó con un tal Rugger.

Hunter soltó una alegre carcajada.

—¡Kanith es una mina de oro para mí! —exclamo—. ¿Sabe? En un principio estuve tentado de quitarle los ojos. Son dos hermosos rubíes, por los que me hubieran dado un buen pico. Sin embargo, preferí dejarlos en su sitio.

—Le resultaron más productivos.

—Hasta ahora, un cuarto de millón. Por el momento, «descansaré». Dejaré pasar una larga temporada. Luego reapareceré muy lejos de aquí... —Hunter lanzó una estridente carcajada que a Sybil le pareció la risa del demonio—. ¡Nunca fallan las personas a quienes les estorbe un marido rico! O viceversa, claro: ni tampoco faltan gentes con deseos de vengarse...

Los ojos de Hunter centellearon súbitamente.

—Pero no toleraré que usted eche a perder mis planes —añadió.

De pronto, se arrojó sobre la muchacha y le tapó la boca con un pañuelo. A continuación, le ató los tobillos y, alzándola en brazos, la llevó a una habitación interior.

—Aguardo una visita —dijo—. Luego pensare qué es lo que debo hacer con usted.

Sybil le perdió de vista al cerrarse la puerta. A pesar de todo, no había perdido el ánimo y empezó a pensar en la forma mejor de escapar de una situación tan crítica.

* * *

Cheryl Rugger no le conocía, nunca le había visto y ello no había sucedido porque Bolton, después de hablar con María, había renunciado a entrevistarse

con la mujer. Por tanto, Cheryl no le prestó la menor atención cuando él entró en el ascensor inmediatamente detrás.

Bolton adoptó una actitud ausente, silbando tenuemente una vieja, melodía. Con el rabillo del ojo, podía apreciar la crispación de la mano que sostenía la bolsa.

El ascensor se detuvo al fin. Cheryl salió y se dirigió hacia la derecha. Bolton dio un par de pasos y se paró con el pretexto de encender un cigarrillo. Así pudo ver de reojo la puerta ante la que se detenía la mujer.

Luego siguió andando y dobló la próxima esquina del corredor, pero se giró en el acto y asomó un ojo. Cheryl entraba ya en uno de los apartamentos.

Apenas se hubo cerrado la puerta, Bolton abandonó su escondite y corrió hacia allí. Aplicó el oído a la madera; captaba voces, pero no podía entender lo que decían.

Con grandes precauciones, hizo girar el pomo y abrió una delgadísima rendija, poco más de un milímetro, entonces si entendió lo que el hombre decía en aquellos momentos:

—Salió, tal como le había asegurado, señora Rugger.

—Sí, es cierto. Pero, ¿cómo lo consiguió...?

—Usted hizo lo que yo le había ordenado, ¿no? Entonces, no se preocupe de más. ¿La ha traído?

—Sí, señor.

—Y el dinero también, supongo.

—Todo está en la bolsa, señor Jones.

—Si no le importa, lo comprobaré antes de que se marche, señora Rugger.

—Claro.

Hubo un ínstame de silencio. Luego, sonó un terrible aullido:

—Pero, ¿qué ha hecho, maldita estúpida?

Cheryl se desconcertó.

—Yo... No sé a qué se refiere...

—¡La venda! —Aulló Hunter—. Le recomendé la tuviera puesta en todo momento alrededor de los ojos de la estatua, menos cuando no tuviera necesidad de usarla.

—Se la puse al salir de casa, créame...

—¡No es cierto! ¡Mírela, mírela!

Bolton se arriesgó a asomar la cabeza un instante. Hunter sostenía la estatua con las dos manos, de modo que su rostro quedaba frente al de la mujer.

—¿Lo ve, condenada tonta?

Cheryl lanzó un terrible chillido.

—¡Quite eso de mi vista! ¡Me va a cegar!

La estatua se movió un poco y Bolton sintió en sus ojos la intensidad de los dos rubíes. Todo giró a su alrededor. Durante un segundo, en un horrible torbellino de rugientes olas de color escarlata. En el mismo instante, sintió en su pecho un extraño hormigueo.

Hunter lanzó una espantosa carcajada.

—Debería dejarla ciega, si —exclamó—. O quizá algo peor... aunque, por fortuna para usted, soy un tipo comprensivo.

Cheryl estaba a punto de desfallecer. Sentíase presa de un extraño mal, que la hacía ver horribles visiones. Para no caer al suelo, tuvo que apoyarse en la mesa, mientras Hunter vendaba de nuevo los ojos de la estatua.

—Vamos a ver si está todo el dinero —dijo el asesino.

La estatua quedó sobre la mesa. Hunter metió la mano en el interior de la bolsa y sacó los billetes, dispuestos en fajos iguales. De pronto, frunció el ceño.

—Aquí falta dinero. Cincuenta mil, por lo menos.

—Es que... Cheryl vaciló—. Lo... lo siento, señor Jones.

—¿Cómo dice?

—Creo que... sobrevaloré la fortuna de mi esposo. En el Banco me han dado malas noticias... Su abogado dice... Tengo joyas, si quiere —exclamó la mujer desesperadamente—. ¡Se lo juro; me ha sido imposible reunir la suma acordada!

Se oyó una espantosa blasfemia.

—Usted se libró de un esposo inútil gracias a mí... y ahora quiere regatearme el precio de mis servicios, y que usted había aceptado sin regatear. No tolero que nadie se burle de mí, ¿entiende?

Cheryl se sentía aterrada.

—¿Qué... qué va a hacer usted?

—Ahora lo sabrá usted. —Aunque de reojo, él la miraba malignamente— Y, de paso, me servirá como ejemplo para posibles «clientes» que traten de engañarme.

La estatua seguía sobre la mesa. De un manotazo. Jones le arrancó el pañuelo y ordenó:

—¡Mírela, mírela bien, porque va a ser lo último que vea usted en su vida!

Bolton oyó aquellas palabras y decidió que el asesino había llegado ya demasiado lejos.

CAPITULO XII

Cheryl Rugger creyó que los ojos de la estatua se transformaban en un rugiente océano de color escarlata. Extraños sonidos penetraron en su cerebro a la vez que insidiosas ideas de muerte. El hombre que estaba junto a la estatua tenía también un intensísimo color rojo.

Pero, de súbito, algo la arrojó al suelo de un tremendo empellón. Alguien gritó:

—¡No mire, cierre los ojos!

El hombre se sobresaltó, enormemente asombrado por la irrupción de un desconocido en su casa. Durante un segundo, se sintió desconcertado.

—¿Quién es usted? —aulló.

El joven enseñó su placa.

—Teniente Bolton, del Departamento de Policía —dijo—. Señor Hunter, le arresto, acusado del asesinato de sir Philip Lawlison.

—¿Cómo? ¡Qué tontería! Todo el mundo sabe que sir Philip está de viaje...

—Su viaje es de los que no tienen regreso —contestó Bolton gravemente —. ¿Le sugiere algo la idea de un papel mural, de color rojo y marfil, que desentona horriblemente con los objetos artísticos que hay en su casa?

Hunter palideció espantosamente.

—Lo han encontrado —dijo.

—Y a Kanith también —contestó el joven, señalando la estatua que yacía sobre la mesa.

Un tanto repuesta de su alucinación, Cheryl seguía medio tendida en el suelo, escuchando el diálogo de los dos hombres, sin comprender nada en absoluto, salvo que se trataba de un asesinato.

—Conozco la leyenda —añadió Bolton.

—¡Bah, fantasías! —dijo Hunter despreciativamente—. Cuentos absurdos, en los que cree la gente de poco seso.

—Ella —Bolton la señaló con un movimiento de cabeza—, le ha devuelto la estatua que usted le prestó, para que su, esposo se suicidara. Estaba en el despacho de Rugger los momentos inmediatamente precedentes al suicidio, pero un minuto después de su muerte, había desaparecido ya.

—Me pidieron la estatua, para tenerla unos días en casa. Si les gustaba, se la quedarían. No ha sido así, y la señora Rugger me la ha devuelto —declaró Hunter.

—¿He oído todo lo que se ha hablado aquí, lista estatua tiene poderes que nos resultan incomprensibles, aunque no por ello sean menos ciertos. Esa estatua sirvió para que una hermosa mujer, Nephertys, se suicidase ante mil quinientos espectadores. Usted se la prestó a Walter Empson, mediante una determinada suma de dinero, y lo mismo hizo con Henry Grawson. La visión de la estatua influye en determinadas mentes, infiltrándoles la idea del suicidio, como ha querido hacer con la señora Rugger, tratando de que se

diese muerte a sí misma, por no haber cumplido el pacto acordado. ¿Acaso deseaba que se tirase por la ventana, imitando así a Lorna Grawson?

Hunter tenía las facciones convulsas por la rabia. Fue a decir algo, peto sólo pudo abrir la boca, sin conseguir pronunciar una sola palabra.

—Después de las muertes de Nephertys y de Lorna Grawson, usted cambió de domicilio, de coche y de aspecto personal. Se afeitó la barba y el bigote y dejó de simular su cojera. Era preciso borrar todas las pistas que pudieran permitir llegar, hasta usted, pero olvidó algo, lo más importante, por cierto.

—¿Qué era? —preguntó Hunter con gran esfuerzo.

—La misma historia de la estatua. Alguien vendría a buscarla un día. La esposa del artista que la realizó.

—¿Audah?

—La conoce, creo —sonrió Bolton.

—No la he visto...

—Está aquí, en la ciudad. Ella me contó todo lo que sucedía. Pero fue preciso que muriese otra de sus víctimas, para que pudiésemos someter a vigilancia a la viuda y seguirla hasta aquí, cuando se disponía a devolverle la estatua que, no lo olvide, no le pertenece. Kanith tiene dueño, señor Hunter. De todos modos, le procesaremos por el asesinato, de sir Philip, único crimen del que tenemos pruebas.

—No, no habrá, proceso, ni siquiera arresto exclamó Hunter furiosamente —. Y usted mismo tendrá ocasión de comprobar los poderes mágicos de Kanith...

Bruscamente, se apartó a un lado.

—¡Mírela! —gritó—. ¡Mire son ojos! ¡Son ojos del Más Allá, ojos que inspiran la idea de muerte! ¡Mírela, teniente!

Sobrevino un momento de silencio. Cheryl, ya en pie, estaba en un rincón, pegada a la pared, contemplando aquella escena con pupilas llenas de horror.

Bolton tenía la vista fija en los ojos de la estatua. Pero no apreció apenas ningún centelleo. En cambio, notó un ligero aumento del calorcillo que le daba el medallón oculto bajo la camisa. Aquel medallón le protegía de la maléfica influencia de Kanith.

Sonrió ligeramente. Hunter comprendió que algo no iba como deseaba. Enloquecido por la ira, hurgó en sus ropas, buscando el revólver que tenía en uno de los bolsillos.

De pronto, sonaron unos fuertes golpes en una de las puertas interiores. Hunter se desconcertó ligeramente, lo que aprovechó Bolton para golpearle dos veces, sucesivamente, en el estómago y el mentón, derribándole al suelo medio inconsciente.

Inmediatamente, lo registró y le quitó un pequeño revólver. Al erguirse, miró autoritariamente a la señora Rugger.

—¡No se le ocurra marcharse! Sabríamos encontrarla muy pronto — exclamo.

Cheryl se sentía anonadada, sin fuerzas. Bolton corrió hacia la puerta

donde sonaban los golpes. Estaba cerrada, pero la abrió de un tremendo puntapié.

Sybil, caída al suelo, le miró en silencio. Bolton se inclinó sobre ella para quitarle la mordaza.

—Pero, ¿qué haces aquí? —preguntó él, atónito.

—Me encontré casualmente a Hunter y le seguí —explicó la chica—. Yo pensé que no me habría visto, pero estaba equivocada. El me atrapó en el ascensor, y luego me encerró aquí...

Bolton, arrodillado, estaba cortando las ligaduras con una navajita de bolsillo.

—Sé muchas cosas —añadió Sybil.

—Ya me las contarás luego —dijo él—. Hemos encontrado la estatua de Kanith.

—¿De veras?

Bolton terminó de liberar los tobillos de la muchacha y la ayudó a ponerse en pie.

—Vamos —ordenó.

Salieron de la habitación. Cuando llegaron a la sala, se encontraron con un espectáculo inesperado, que les hizo detenerse, como si les hubieran clavado los pies al suelo.

* * *

Audah estaba en el centro de la sala, vestida con uno de sus trajes blancos, largos hasta el suelo, majestuosamente erguida, en completo silencio, con la vista fija en Hunter, quien la contemplaba con expresión de infinito terror.

El silencio era absoluto. De pronto, se oyó un castañeteo de dientes.

Eran los de Cheryl Rugger. La mujer, incapaz de soportar la tensión del momento, rodó por tierra desvanecida.

Bolton reaccionó, pero Audah le detuvo con un gesto imperativo.

—Quieto. No intervengas, Dag. Lo que debe ser, será —elijo.

Bolton escrutó el rostro de Audah. De pronto, le pareció que sus pupilas se convenían en dos brasas incandescentes.

Hunter fue acomendo por un temblor convulsivo que le sacudió de los pies a la cabeza. Sus rodillas entrechocaron y sus dientes crujieron audiblemente. De pronto, lanzó un horrible chillido.

Su cabeza giró varias veces a derecha e izquierda, con secos movimientos, que producían sordos chasquidos de sus vertebras. Luego, de súbito, lanzó un ronco gemido y, tras doblar las rodillas, se vino de cara al suelo, en donde quedó absolutamente inmóvil.

—¡Audah! —clamó el joven.

Estaba persuadido de que Hunter había muerto por la simple voluntad de la africana. Pero ella volvió a extender la mano.

Quieto —repitió—. Debo irme... Debo irme... Debo irme... Yo no soy

quien soy... Soy ella... Soy ella...

Sybil se agarró con manos crispadas al brazo izquierdo de Bolton. De súbito, pareció que una neblina de color escarlata envolvía el hermoso cuerpo de Audah.

Un terrible fragor de truenos sonó a lo lejos. La niebla se convirtió en centelleantes remolinos de color rojo, que envolvían la figura de Audah, haciendo cada vez más difusos sus contornos. El estruendo era ensordecedor, pero Bolton tenía la seguridad de que sólo ellos podían oírlo.

En el último instante. Bolton oyó una voz en el interior de su cerebro:

—¡Adiós. Dag!

Audah desapareció por completo.

Los vapores rojos se disiparon. Enormemente asombrados, Bolton y Sybil vieron en el suelo una túnica blanca, con dibujos en rojo, verde y negro, arrugada y fláccida.

Luego, Bolton volvió los ojos hacia la estatua, en cuya superficie se apreciaba un extraño brillo, En las rojas pupilas de Kanith apreció una expresión de paz como nunca había visto hasta entonces.

Al cabo de unos momentos, reaccionó y se encaminó hacia el teléfono. Cheryl Rugger empezaba a despertar y se quejaba sordamente.

—Atiéndela, Sybil —indicó.

La muchacha asintió. Bolton llamó a su jefe. Más tarde, instruyó a Sybil acerca de lo que debía declarar.

* * *

—El examen del forense dio como resultado un paro cardíaco — dijo Bolton un par de días más farde.

Sybil, de nuevo en la casa que había sido de su tío, le sirvió una taza de café.

—Lo hizo ella, ¿verdad? —murmuró.

—No me cabe la menor duda —contestó él—. Pero, ¿quién nos creería, si contásemos lo que realmente sucedió?

—¿Qué le dijiste al jefe?

—Nada. Hunter te secuestró, yo conseguí liberarte, luego le acusé del asesinato de sir Philip... Le resultó imposible de resistir y el corazón le falló.

—Pero, ¿y de los suicidios? Porque tu jefe sospechaba algo...

Hablé de hipnosis y él aceptó mi versión. Sin embargo, los culpables quedarán impunes; no se les podrá probar que, realmente, asesinaron a tres personas, mediante el poder infernal de la estatua.

—No, esos tres asesinos no quedarán impunes —dijo alguien de repente.

Bolton y Sybil, sorprendidos, se volvieron para contemplar, al hombre alto y de piel oscura, que había aparecido en silencio, como surgido del seno de la tierra.

—La puerta estaba abierta —sonrió el africano.

—¿Quién es usted? —preguntó Bolton.

—Yibre Knombo. Mi hermana se llamaba Audah.

—Oh... —exclamó el joven—. ¿Quiere tomar algo, señor Knombo? Le presento a la señorita Hackeray.

Knombo hizo una ligera inclinación de cabeza.

—He venido a buscar algo —manifestó.

Bolton lo comprendió en el acto.

—Sí —murmuró.

Hubo un instante de silencio.

—Pero, ¿cómo lo ha sabido?

—Me han guiado los ojos de la estatua, que no estaban vendados —replicó el africano.

—Quizá eso mismo guió también a Audah —dijo Bolton a media voz, recordando la inesperada aparición de la joven en casa de Hunter.

—¿Decía...? —preguntó Knombo.

—No, nada. Por supuesto, la estatua le pertenece. Les pertenece a su pueblo.

—Gracias, señor Bolton.

—Iré a buscar una bolsa, para que pueda transportarla sin dificultades —exclamó Sybil repentinamente.

Bolton y el africano quedaron frente a frente.

—Antes dijo usted que tres personas no quedarían impunes —le recordó el joven—. ¿Qué significan sus palabras?

Knombo sonrió de una forma extraña.

—Se sentirán acosados por los remordimientos y acabarán consumiéndose, como se consume una hoguera a la que no se arrojan más leños.

Bolton asintió. Tres asesinos escapaban a la justicia de los hombres, pero no a otra dictada por unos ojos del Más Allá.

Sybil regresó y él puso la estatua en la bolsa. De pronto, antes de entregársela a Knombo, dijo:

—Por favor, cuando vea a Audah, salúdela en mi nombre.

Estaba seguro de que Audah había ejercitado con ellos un truco de hipnotismo, desapareciendo antes de que llegasen más policías. Por supuesto, comprendía perfectamente la actitud de la joven africana, a la que, de ninguna manera, podía culpársele de lo sucedido.

—Creo que se equivoca, señor Bolton —dijo Knombo sorprendentemente —. Audah murió a las pocas semanas del asesinato de su marido.

—¿Qué? —preguntó Bolton.

—Su pena fue tanta, que no quiso seguir viviendo y se dejo morir de hambre y de sed. Nosotros respetamos su voluntad. Cuando hubo muerto, la sepultamos junto a su esposo.

Bolton tenía la boca abierta. «¿Había amado a una diosa?», se preguntó.

Knombo sonreía.

—Kanith tiene poderes muy especiales —añadió—. A veces, se hace

visible a algunos mortales, muy pocos y siempre escogidos. Pero, en todo caso, sólo a los limpios de corazón. Bolton se sentía abrumado por la noticia.

—Dag, ¿quién era aquella joven africana que vimos en casa de Hunter? —preguntó Sybil al cabo de unos momentos.

—Algún día te lo contaré —respondió el.

De pronto, notó un contacto metálico en el pecho.

—¿Cuándo vuelves a Inglaterra? —preguntó.

Pronto. Por fortuna, los asuntos de mi tío estaban menos embrollados de lo que parecía. Además, tu amigo, el abogado, me ha asegurado que se encargará de todo y que no habrá dificultades para realizar la herencia y demás trámites legales.

Bolton sonrió y se soltó el cuello de la camisa, para sacarse el medallón. Sybil lo contempló con ojos admirados.

—Es maravilloso —exclamó—. ¿De dónde lo has sacado?

Bolton vaciló un instante. Si Audah no había sido más que una visión en su mente, ¿Cómo había llegado el medallón a su poder? ¿Acaso la diosa se había corporeizado, haciéndose de carne y hueso, para estar a su lado?

Tal vez había soñado algunas cosas, pero el medallón era algo real y tangible.

—Lo compré en una tienda de souvenirs exóticos. Vi que tenía cierto parecido con la cara de Kanith y me gustó —mintió, aunque sabía que algún día le contaría la verdad a Sybil—. El vendedor me aseguró que este medallón posee una cierta virtud.

—¿Si? ¿Cuál, Dag?

Bolton pasó la cadena por el cuello de la muchacha.

—La persona que lo recibe, si se marcha, regresa muy pronto junto al que se lo ha regalado —contestó sonriendo.

Los ojos de Sybil eran claros, límpidos. Sonrió también y dijo:

—Creo que regresare muy pronto. Dag.

FIN